RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ

Azúcar y Población en las Antillas

Es ley de la naturaleza que una raza que abandona a otras razas el cultivo de su territorio, se despoja por eso mismo de toda legitimidad de posesión, de todo arraigo y derecho a la perpetuidad, sin los cuales la vida de los pueblos es un accidente transitorio en la historia de la humanidad.

(Informe de los comisionados cubanos a la Junta de Información en 1866. Ponencia de don Francisco de Frías, conde de Pozos Dulces, sobre Inmigración.)

SEGUNDA EDICION

CON UN PRÓLOGO, NOTAS Y UN EPÍLOGO DEL AUTOR

CULTURAL, S. A.

1 9 3 5

IV

EL CONTRASTE ENTRE DOS DESTINOS

La agricultura de un país no es la obra de un capricho, ni el resultado de una concepción a priori. Tiene su fundamento en las bases mismas de la sociedad en que radica, nace y se desenvuelve al compás de las instituciones que la presiden: con ellas crece y madra, con ellas se estanca o decae. Una estrecha solidaridad enlaza el progreso agrícola con el de los demás agentes que constituyen la esencia y el gobierno de los pueblos. (Informe de los comisionados cubanos a la Junta de Información en 1866. Ponencia del CONDE DE POZOS DULCES sobre Inmigración.)

Cuando España ocupó a Cuba, en la segunda década del siglo XVI, toda la tierra, de conformidad con el Derecho tradicional castellano, se consideró *realenga*, es decir, propiedad del rey, en su calidad de *Dominus rerum*, señor de todas las cosas. Durante el largo período de la Reconquista, los reyes castellanos, interesados

en crear en la línea fronteriza de los árabes fuertes núcleos de población, usaron de su facultad de disponer de la tierra que se iba rescatando del moro, considerada como *realenga*, para distribuirla entre sus súbditos necesitados, a los cuales convertían, por ese medio, en fierros defensores de cada pulgada de territorio que pasaba a manos cristianas. La práctica secular de esta política extendió de manera incontrastable la influencia de Castilla hacia el Sur de España, e hizo que conquistar y poblar llegasen a ser términos inseparables en el pensamiento de sus monarcas.

Los Reyes Católicos, a quienes cupo la gloria de recuperar todo el suelo español, aplicaron el mismo sistema a las Indias, y Don Fernando, en Real cédula expedida en Valladolid el 18 de junio de 1513, dos años después de iniciada la ocupación de Cuba, disponía que para que "nuestros vasallos se alienten al descubrimiento y población de las Indias, y puedan vivir con la comodidad que deseamos, es nuestra voluntad que se puedan repartir y se repartan casas, solares, tierras, caballerías y peonías a todos los que fueren a poblar tierras nuevas en los pueblos y lugares..., y habiendo hecho en ellas su morada y labor, y residido en aquellos pueblos cuatro años, les concedemos facultad para que de allí adelante los puedan vender y haer de ellos a su voluntad, libremente, como cosa suya propia". Don Diego Velázquez, el primer gobernador cubano, fué encargado de efectuar, de acuerdo con la Real cédula mencionada, la distribución de tierras realengas entre los primeros pobladores españoles de la Isla, dándose así el paso inicial en la apropiación y división de la tierra cubana, con un propósito y un criterio radicalmente dis-

tintos de los que habían de inspirar, más de un siglo después, a los reyes ingleses, al disponer de Barbados y de otras islas ocupadas en el Caribe por la Gran Bretaña.

Barbados y demás islas próximas fueron donadas graciosamente a un magnate, el conde de Carlisle, que residía en Inglaterra, para que las explotase económicamente, como un feudo administrado y gobernado por sus mandatarios. La tierra de Cuba se distribuía a los españoles para que poblasen la Isla, con la obligación de residir en ella no menos de cuatro años. Lo primero se encaminaba a enriquecer un personaje influyente; lo segundo, a fomentar la población española en las Indias. Esta diferencia inicial de la política castellana e inglesa en las Antillas habría de tener en el tiempo consecuencias incalculables.

* * *

Velázquez repartió una proporción escasa de tierras, a virtud de que el número de los conquistadores era corto, y como el descubrimiento y conquista de los riquísimos imperios de los aztecas y los incas atrajo hacia el continente toda la inmigración española, la mayor parte de la tierra cubana continuó sin ser ocupada, en su condición de *realenga*, sin que conste que los gobernadores que le sucedieron después de su muerte, ocurrida en 1524, hiciesen nuevas apropiaciones.

Pero en 1536, el Cabildo de *Sancti Spiritus*, aunque no estaba legalmente facultado para ello, considerando, acaso, que en el aislamiento casi absoluto en que se hallaban los Concejos en aquella época, podían proceder

en nombre del rey, ya que *por el rey* llevaban los regidores *las varas*, como entonces se decía usualmente, accedió a la solicitud de un vecino llamado Fernando Gómez, concediéndole, *sin perjuicio de tercero*, fórmula socorrida que los dejaba a salvo de toda responsabilidad, y "atento a que es servicio a Su Majestad e bien e pro de la Villa que se pueblen de hatos de vacas las sabanas", una de éstas, conocida con el nombre de Manicaragua, con un radio de tres leguas. De esta manera espontánea surgió, del acuerdo de uno de nuestros primitivos Cabildos, el primer latifundio ganadero de que se tiene noticia, mercedado libremente por los regidores. La atrevida decisión del Concejo espirituaño se abrió paso y sentó jurisprudencia: otros peticionarios imitaron a Fernando Gómez, y los demás Cabildos de la Isla, especialmente el mismo de Sancti Spiritus y el de la Habana, continuaron mercedando tierras en idéntica forma. El procedimiento no podía ser más democrático, y las tierras tampoco debían ir a manos de nadie con más legítimo derecho que a las de los vecinos de arraigo en la localidad.

Abandonada casi por completo la gobernación de Cuba, isla totalmente improductiva para la Corona, en 1574 llegó a la Habana el oidor de la Audiencia de Santo Domingo, con jurisdicción sobre nuestra tierra, doctor Alonso Cáceres, encargado de residenciar al gobernador y poner orden en la marcha de los Concejos. Cáceres, magistrado concienzudo y diligente, después de informarse detalladamente de la situación de la Isla, entre otras medidas de buen gobierno, redactó y resolvió poner en vigor, previamente consultados los Concejos, aunque no fueron aprobadas por el rey sino mu-

cho más tarde, unas Ordenanzas municipales que llevan su nombre, obra legislativa muy amplia, extraordinaria para su época, llena de sabiduría y de buen sentido. Habiendo encontrado establecida la costumbre de las mercedes de tierras por los Cabildos, aunque contra-venía las leyes generales de Indias, el oidor hubo de aceptarla, dándole fuerza legal, para lo cual autorizó y reglamentó la concesión en 20 artículos, 63 a 82 inclusive de sus mencionadas Ordenanzas. Hasta el 23 de noviembre de 1729, fecha en la cual les fué suspendida por una Real cédula, es decir, durante cerca de dos siglos, usaron los Concejos cubanos esa excepcional facultad de distribuir tierras realengas entre los vecinos, creando numerosos latifundios ganaderos, que ocuparon, en forma de grandes círculos, la mayor parte de la Isla. Este desarrollo inicial del latifundio no pudo ser, y no fué, sin embargo, perjudicial, por varias razones. En primer lugar, la tierra realenga era abundantísima, y la población muy escasa, de manera que hubo para todos; en segundo lugar, las mercedes se destinaban a la ganadería, comprometiéndose los concesionarios a suministrar todo ganado que el Cabildo les exigiese para el consumo, al precio fijado por los regidores, abaratándose la provisión de carne, y, finalmente, debido a que el espíritu previsor de Cáceres tuvo muy buen cuidado de dar preferencia a la concesión de tierras para el cultivo, disponiendo en los artículos 70 y 71, con la mira de que haya *abundancia de mantenimientos y labranza de pan*, que la concesión de mercedes para *estancias*—así se llamaban las pequeñas propiedades destinadas a la agricultura—pudiera hacerse en cualquier parte, aun dentro del terreno mercedado, ya para hato

o corral de ganado. El latifundio, por lo tanto, no podía poner obstáculos al desarrollo de la pequeña propiedad ni detener el crecimiento de la población, ni impedir el vuelo de la agricultura ni crear dificultades a la formación de una clase de pequeños cultivadores independientes. Hagamos constar, en honor a la memoria del ilustre magistrado, que al adoptar este salvador principio, Cáceres no improvisaba ni procedía tan sabiamente por una feliz inspiración. Conocía ya, por observación personal, los peligros del latifundio azucarero, al cual había imputado, en una admirable *Memoria* dirigida al Rey en 1570, la culpa de la falta de *mantenimientos* que se advertía en Santo Domingo, afirmando que el acaparamiento de tierras conducía a formar una reducida oligarquía, enriquecida a expensas de la escasez y la pobreza de los más.

* * *

El proceso de apropiación y división de la tierra cubana, que acabamos de bosquejar en sus grandes líneas, dió lugar, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, a la formación de una clase de grandes y pequeños propietarios descendientes de los primeros pobladores, con firmísimo arraigo en el suelo donde habían nacido. Gente pobre y ruda en su inmensa mayoría, vivían aislados del exterior, a causa de las rígidas leyes de exclusión del trato y comercio con los extranjeros, criando ganado, cultivando pequeños lotes para atender a su subsistencia y cambiando de tarde en tarde cueros, carne salada y seca y algún otro producto de la tierra, con las flotas que tocaban una o dos veces al año en la Habana,

de paso para la Nueva España o para Sevilla, o con los contrabandistas de Francia, de Portugal, de Holanda, y después de mediados del siglo XVII, de la Gran Bretaña. De manera que mientras en las demás Antillas el latifundio azucarero florecía, y después de un corto período de rápido desarrollo de la población blanca aca-paraba la tierra y sustituía al pequeño cultivador independiente por el esclavo, produciendo la decadencia irremediable de las Islas, en Cuba, a la inversa, se apropiaba y dividía la tierra por los Cabildos entre los vecinos, creándose una numerosa clase de propietarios rurales, nativos o criollos, con muy hondas y muy firmes raíces en el suelo. En una parte se iba hacia la colonia de plantaciones, mero taller de trabajo al servicio de una comunidad distante y poderosa: en la otra, en una lenta y oscura gestación de tres siglos, se echaban los cimientos de una nueva y original nacionalidad. El distinto régimen de apropiación y utilización de la tierra marcaba el distinto destino de las Antillas inglesas y españolas: de decadencia en unas; de lenta ascensión, pero de ascensión, al fin y al cabo, en otras (1).

(1) Para un estudio detallado del origen de la propiedad territorial en Cuba y de las haciendas comuneras, véase nuestra *Historia de Cuba*, t. II, págs. 182 y sigs.

V

HACIA LA FORMACION DE UNA CLASE CUBANA TERRATENIENTE

No había inconveniente alguno para dividir entre varios hijos una gran posesión, ni menos lo hubo jamás para destinar a la labranza las haciendas de criar. A medida que ha ido creciendo la población se han ido dividiendo éstas, y puede decirse que su subsistencia depende de la agricultura.

(FRANCISCO DE ARANGO Y PARREÑO: Discurso sobre la *Agricultura en la Habana y medios de fomentarla*, año de 1792.)

La creación de los grandes latifundios ganaderos, que, en forma de enormes círculos de miles de caballerías de tierra cada uno, ocuparon casi la totalidad del territorio cubano durante la segunda mitad del siglo XVI, todo el siglo XVII y parte del XVIII, lejos de acarrear la destrucción de la pequeña propiedad, que no existía sino muy escasa aún en Cuba, constituyó el primer paso, como hemos apuntado en el capítulo anterior, de un lar-

go proceso de apropiación y división de la tierra cubana. Estos latifundios, concedidos a vecinos arraigados en la Isla, estimularon el fomento de la población en vastas zonas desiertas, y como se otorgaban sin perjuicio de los ejidos de los pueblos, y dentro de los hatos podían mercedarse tierras para "estancias" y "sitios de labor", en ningún sentido fueron, por el momento, un obstáculo para la multiplicación de la propiedad rústica. Representaron, no el acaparamiento de la tierra por la empresa capitalista, sino la división de aquélla entre los ocupantes que podían considerarse con mejor derecho a poseerla, y en disposición de hacerla producir más prontamente, sin perjuicio de tercero.

El latifundio ganadero fué en su origen, según expusimos anteriormente, una concesión individual, pero muy pronto casi todos se transformaron en propiedades colectivas, constituyendo las llamadas "haciendas comuneras", que en la historia de nuestro agro representan un paso previo hacia una subdivisión de la propiedad rústica. La transformación del latifundio individual en hacienda comunera, o poseída en común por varias personas, se produjo fácilmente por dos vías: bien en virtud de enajenaciones parciales del primer concesionario o único poseedor, o bien por la transmisión hereditaria a varios descendientes, ya que en Cuba, por la condición modesta y llana de los pobladores, los mayorazgos y las vinculaciones, fueron excepciones muy contadas. A veces, el propietario único de una hacienda, sin capital para hacerla producir o sin estímulo para ello por el alistamiento mercantil de Cuba, vendía una parte de su enorme feudo, o, al morir, dejaba éste para ser distribuido entre dos o más herederos. En

uno u otro caso, como las haciendas no estaban acotadas, a causa de su inmensa extensión, o tenían una sola salida o una sola aguada para el ganado, era muy difícil—en ocasiones, prácticamente imposible—dividir las en dos o más porciones iguales o equivalentes o en partes proporcionales sin incurrir en largos y costosos trabajos de deslinde, medida, tasación y partición, tanto más cuanto que los agrimensores eran pocos, cuando los había, y las tierras no alcanzaban un precio bastante alto que justificase el desembolso de las sumas relativamente crecidas que exigían las operaciones judiciales de partición. En tal virtud, los que por un motivo o por otro habían llegado a tener derechos de posesión sobre partes de un mismo feudo, se ponían de acuerdo—y esta costumbre se hizo ley de la tierra—para disfrutar en común del hato o corral, continuándose la crianza de ganado suelto en toda la extensión de la hacienda. Cada “comunero” marcaba su ganado con un hierro o con una señal particular en las orejas, distribuyéndose las reses salvajes que pudieran “montearse” o los cueros de éstas, en partes proporcionales. Como el número de comuneros con derecho sobre cada feudo se aumentaba paulatinamente por enajenaciones sucesivas y por derecho de herencia, la división del feudo en lotes proporcionales a la participación de cada uno se fué haciendo más y más difícil, ideándose entonces el procedimiento, mucho más sencillo y expedito, de tasar la hacienda y representar la acción de las distintas personas interesadas, no con una cantidad de terreno, sino con una parte de la suma en que había sido valuada. Si la hacienda se tasaba en cuatro mil pesos y los comuneros eran dos, asistidos de iguales

derechos, cada uno tenía una acción de dos mil pesos. Estos pesos comenzaron a llamarse *pesos de posesión*. Generalizada esta práctica, podían venderse, heredarse o transmitirse en cualquier forma tantos o más cuantos *pesos de posesión*.

* * *

La transformación del latifundio ganadero individual en hacienda comunera, o sea en una gran propiedad colectiva, indica que el proceso social e histórico de subdivisión y apropiación de la tierra, es decir, de multiplicación de la propiedad, se continuaba sin interrupción en Cuba, porque si cada latifundio continuó siendo, a veces durante más de un siglo, una gran unidad agraria, en lo interno se hallaba práctica y legalmente dividido y subdividido en porciones cada vez más pequeñas. La gran extensión de los hatos y corrales, en los cuales el ganado nunca llegaba a ser bastante numeroso, mientras los criadores eran pocos, para que el de un comunero estorbase al de los demás, junto con la dificultad ya mencionada del alto costo de las particiones judiciales, fué causa de que la posesión colectiva se continuase mucho tiempo. Por otra parte, en lo que toca a la disolución de la comunidad, los intereses solían ser contradictorios: los comuneros que tenían muchos pesos de posesión podían desearla, pero los que habían pocos preferían que subsistiese indefinidamente. No obstante, quizá antes de cerrarse el siglo XVI, algunas haciendas se dividieron cuando la partición se hallaba facilitada por diversas causas, iniciándose así el paso de individuación final de la propiedad.

* * *

La industria azucarera, que nació en Cuba en la década de 1500 a 1600 (1), cincuenta años antes que en Barbados, durante más de siglo y medio contribuyó a acelerar el proceso de división de los latifundios ganaderos y de multiplicación de una clase de propietarios rurales cubanos. En primer lugar, dicha industria no surgió impulsada desde afuera por mercaderes, como fué el caso de los holandeses en Barbados, interesados en ofrecer implementos para ingenios y esclavos africanos a cambio de azúcar, obteniendo una doble ganancia con el trueque, sino promovida desde adentro, por gente del país, que vivía en la mayor pobreza y buscaba ansiosamente nuevas fuentes de bienestar y de prosperidad. El primer capital, no obstante, vino del exterior, de México, en forma de préstamo de la Corona, concedido por Felipe II a los cultivadores, a instancia del Cabildo habanero, secundado y apoyado por el gobernador de la Isla, teniendo desde el primer momento los ingenios el privilegio importantísimo de que no se les pudiese ejecutar por deudas, medida de protección que se consideró indispensable para ayudar al desarrollo del nuevo negocio. El propio Cabildo de la Habana concedió tierras para la siembra de la caña dentro del radio de ocho leguas reservado por las Ordenanzas municipales de Cáceres para la producción de mantenimientos, levantándose muy próximos al caserío de la ciudad los primeros ingenios, pertenecientes todos a personas de las más acomodadas e influyentes.

La nueva industria, a pesar del préstamo de la Corona y de los grandes privilegios que le fueron conce-

(1) Véase nuestra *Historia de Cuba*, t. II, págs. 248 y sigs.

didos, no creció, sin embargo, sino muy lentamente, porque tropezó con dos obstáculos infranqueables: la falta de mercados y la dificultad para importar implementos de fabricación y esclavos. Las leyes de Indias cerraban el paso de una manera absoluta al comercio extranjero, y reducían el tráfico con España sólo al puerto de Sevilla, para el cual partía del Nuevo Mundo una sola expedición anual, que tocaba de tránsito en la Habana, con reducido tonelaje disponible y fletes elevadísimos. El mercado de España, nación que ya estaba en acentuada decadencia desde principios del siglo xvii, ofrecía, además, escasísimas oportunidades al azúcar de las Indias, porque el consumo era muy reducido y porque en varias zonas del antiguo reino de Granada se sembraba caña y se fabricaba azúcar desde tiempos de la dominación árabe. Los cobres para cocer el jugo de la caña o guarapo en los Ingenios, y los hormas para purgar el azúcar no podían importarse directamente de Portugal o de otros países donde se fabricaban, sino dando un largo y costoso rodeo por Sevilla, mediante el cual, pasando por manos de muchos intermediarios, se encarecían enormemente. Agréguese que la introducción de esclavos en las Indias constituyó siempre un monopolio concedido por los Reyes de España, con numerosas restricciones, a Compañías particulares, mediante el pago de fuertes derechos, y se comprenderá que sin tener a quién vender un azúcar fabricado a un alto costo, el negocio no podía prosperar. Su crecimiento fué tan lento, que en el cuatrienio que terminó en 1763, cuando ya la industria llevaba ciento cincuenta años de establecida, la exportación anual, según datos computados por don Francismo de Arango y Pa-

reño, no llegaba a 21.000 arrobas. Durante largos años muchos escritores han señalado este aislamiento mercantil impuesto a Cuba por las leyes de Indias como un abominable engendro del egoísmo del Fisco y de los traficantes de Sevilla. Realmente, tal fué su causa determinante, pero el hecho es que, impidiendo el brusco aumento de la industria azucarera durante dos siglos, representó un valladar para el desarrollo de la esclavitud y del latifundio azucarero, y le aseguró a Cuba un lento crecimiento interior a base de población blanca nativa, firmemente arraigada en el suelo patrio, poseído y trabajado por ella. La historia suele reservarnos esas extrañas sorpresas.

* * *

El siglo XVII vió en Cuba el nacimiento de un nuevo cultivo con fines mercantiles: el del tabaco. Generalizado el uso de este producto en Europa, Cuba probó ser una tierra privilegiada para producirlo de superior calidad, y, a pesar de las trabas y los monopolios, las vegas crecieron y se multiplicaron. Lo relativamente poco rudo del trabajo que exigía el cultivo de la planta y la manipulación de la hoja, y el reducido capital que demandaba el negocio, fueron factores que contribuyeron a extenderlo. El veguero creció dentro y a expensas de las haciendas comuneras, sumándose a los demás factores que favorecían la disolución de los latifundios ganaderos. A mediados del siglo XVIII era numeroso, representando con el ganado y el azúcar uno de los pilares de economía cubana.

Pero este lento y oscuro crecimiento interior de Cuba,

en el olvido y en el aislamiento del mundo, tocaba a su término. Las dos grandes revoluciones del siglo XVIII, la revolución industrial inglesa, fijada en la década del 1750 al 1760, y la Revolución francesa de 1789, iban a imprimir un ritmo más acelerado a la vida universal, creando en Cuba, al parecer totalmente fuera del teatro de aquellos trascendentales acontecimientos, nuevas condiciones de vida y de trabajo, que completarían, en un corto período, la formación de nuestra nacionalidad.

VI

LA CONSTITUCION DEL AGRO CUBANO

Acaso sea difícil encontrar en ningún otro país de América un número más crecido de propietarios instruidos en la teoría y el arte de la Agricultura que el que en Cuba existe, ni a quienes menos se ocultan las modificaciones que en ella deben introducirse si se quiere imprimir más acertada marcha a la producción y a la prosperidad de su país. (Informe de los Comisionados cubanos a la Junta de Información, en 1866.)

La toma y ocupación de la Habana durante varios meses por los ingleses en 1762, en los albores de la revolución industrial que habría de producirse por la aplicación de la máquina de vapor a todas las industrias; la supresión durante el reinado de Carlos III de parte de las restricciones mercantiles impuestas a Cuba por España, y el aumento de las comunicaciones con ésta, una vez que fué suprimido el servicio anual de flotas; la creación de un gran mercado libre próximo a Cuba

al independizarse los Estados Unidos en 1776, y la destrucción de la riqueza azucarera y cafetera de Haití en la década de 1790, como una de las consecuencias de la Revolución francesa en las Antillas, fueron, en su conjunto, las causas fundamentales que, sacando a Cuba del aislamiento en que la habían mantenido las leyes de Indias, la mezclaron de lleno al torbellino de la vida universal, sustituyendo su lento crecimiento secular, casi exclusivamente a base de multiplicación de sus primeros pobladores blancos, por un rápido desarrollo de todas sus fuentes de riqueza y un aumento del número de sus habitantes con millares de esclavos africanos. Abrir nuestras puertas al progreso fué, por una de esas extrañas contradicciones de la historia, colocarnos en camino de ser una colonia de plantaciones más en el desdichado archipiélago antillano. Sin embargo, causas poderosas, ajenas y superiores a la voluntad humana, debían alejarnos, por más de un siglo, de tan triste desventura, colocándonos en la posibilidad de ser un país de libertad y de civilización en el Caribe, como prueba de que el oscuro destino de estas islas es obra del nefasto egoísmo del hombre, no de un ineluctable determinismo geográfico.

Los ingleses, durante los meses que ocuparon la Habana y gran parte de su jurisdicción, abrieron el puerto al comercio con Inglaterra y sus colonias, y nos inundaron de esclavos africanos. Hubo compradores para nuestro azúcar y hubo esclavos a un precio mucho más bajo—sobre 10.000 africanos se cree que se introdujeron en Cuba entonces—, iniciándose, con tales incentivos, un período de crecimiento de la industria. Vuelta la Isla a poder de España, el movimiento conti-

nuó, aunque más lento, porque nos volvimos a reducir al mercado español, por la falta de capitales, por el encarecimiento de los esclavos y por varias causas más que don Francisco de Arango y Parreño hubo de exponer en su admirable *Discurso sobre la agricultura de la Habana y medios de fomentarla*, en 1792. Cuba llegaba al último cuarto del siglo XVIII con una población de 96.440 blancos, 31.847 personas de color libres y 44.333 esclavos. Con 44.000 millas cuadradas de territorio, la Isla tenía 44.333 esclavos. Barbados, con sólo 166 millas, contaba entonces 62.115 africanos. Haití, la riquísima colonia francesa, con 11.000 millas de territorio, tenía 38.000 pobladores blancos y 452.000 esclavos. Barbados y Haití eran dos horribles ergástulas. Cuba, el núcleo de una comunidad llamada a más altos destinos en el centro de las costas occidentales del Atlántico. La propiedad rústica había continuado multiplicándose, y el censo arrojaba 339 hatos o grandes haciendas de crianza; 7.814 propiedades pequeñas, entre potreros, haciendas de labor, "vegas" y "estancias", y 478 ingenios de azúcar, más del doble de los que existían algunos años antes de la toma de la Habana por los ingleses.

Pero el impulso decisivo de la agricultura cubana lo dió la destrucción de la riqueza de Haití por los esclavos sublevados en 1789. El latifundio azucarero creó en Haití una constitución social tan endeble y acumuló una masa tal de sufrimiento sobre la población esclava, que tan pronto como faltó momentáneamente la poderosa fuerza coercitiva de la metrópoli, envuelta ésta en las luchas de la revolución, se provocó una pavorosa catástrofe, que arruinó en pocos meses aque-

Isla Antilla de riqueza y de dolor, abastecedora de azúcar y de café de la mayor parte de Europa. Los precios de ambos artículos saltaron bruscamente, abriéndose en 1790 un período de *vacas gordas*, acaso el más famoso en nuestra historia, que debía durar cerca de diez años. Arango y Parreño, que recibió la noticia en Madrid, vió la oportunidad excepcional que se ofrecía a Cuba para enriquecerse, y, obrando en representación del Ayuntamiento habanero, obtuvo la libre introducción de esclavos, varios importantes beneficios para los cultivadores y la supresión de muchas trabas comerciales, quedando casi expedito el campo para un desarrollo estupeiando de nuestra producción, porque el mercado norteamericano, creado ya al independizarse los Estados Unidos, absorbía gran parte de nuestros frutos, y el aislamiento en que las guerras navales de la Revolución francesa colocaban a España, la obligaba, muy a pesar suyo, a permitir el comercio de Cuba con los países neutrales. Cuba tomó el cetro que Haití acababa de perder, y una gran masa de nuestros bosques comenzó a caer rápidamente bajo los golpes del hacha y por el fuego, para ser sustituida por cañaverales, cafetales y vegueríos, mientras un frecuente ir y venir de buques de la Habana a las costas de Guinea sextuplicaba en poco más de treinta años el número de esclavos y reducía a una minoría, el 44 por 100, la población blanca.

El brusco crecimiento de la riqueza cubana no contribuyó, sin embargo, al desarrollo del latifundismo. Antes bien, precipitó la disolución de los latifundios ganaderos y multiplicó la pequeña y la media propiedad rústica. En primer lugar, no hubo tendencia al monocultivo azucarero, porque el alto precio del café atrajo

muchos cultivadores, así como el tabaco, que, con la supresión del estanco, recibió importantes beneficios. Y como los ingenios necesitaban entonces grandes boyadas y dedicar mucha atención a la producción de artículos de primera necesidad para alimentar las dotaciones, la ganadería y los frutos menores no pudieron ser descuidados en ningún momento. La demanda de tierras, tanto para el cultivo como para el fomento de nuevos pueblos, fué enorme, imponiéndose la disolución de las haciendas comuneras y la división de los latifundios ganaderos unipersonales. Un ingenio de tipo grande necesitaba, a lo sumo, cuarenta caballerías de tierra; un cafetal, mucho menos, y las vegas y las estancias, menos aún. De modo que lo que se impuso fué la división de los latifundios ganaderos. Estos recibieron algunos ataques, a pesar de que no resistieron, porque, según escribió Arango y Parreño, "el amo de la hacienda de ganado que debe destinarse a la labor tiene el día más alegre de su vida, porque de 16.000 ó 20.000 pesos que valía todo su terreno destinado para cría, y medido por leguas, va a sacar 300.000 ó 400.000 pesos, vendiéndolo por caballerías, para ingenios, sitios de casabe o potreros".

Mientras el interés individual tendía enérgicamente a la disolución de las haciendas comuneras y a la división de la gran propiedad rústica, el Estado español no se mantuvo, por su parte, al margen de este intenso movimiento; lejos de ello, lo estimuló y favoreció con todas sus fuerzas de varios modos. En primer lugar, las Cortes generales y extraordinarias de 1813, por Decreto de 4 de enero de dicho año, ordenaron reducir a propiedad particular todos los terrenos baldíos y realengos, repartiendo una parte entre los servidores de la

nación como premio patriótico, otra entre los vecinos que no tuviesen tierra propia y la pidiesen, y destinando el resto a la venta en plazos cómodos, para el pago de la Deuda nacional. En segundo término, se dictaron disposiciones para garantizar a los propietarios el libre dominio de sus tierras a perpetuidad, resolviendo todas las cuestiones dudosas relativas a la titulación en sentido favorable al poseedor de buena fe, y, finalmente, se aprobó el voto consultivo de la Audiencia de Puerto Príncipe, de 1.º de abril de 1819, estableciendo un procedimiento fácil, rápido y económico para la división de las haciendas sujetas a trabas de comunidad. De manera que, promovidas por el interés particular y favorecidas e impulsadas vigorosamente por el Gobierno colonial, las dos primeras décadas del siglo XIX presenciaron la disolución de numerosas haciendas comuneras y la partición de numerosos latifundios, creándose en Cuba, en los años en que todo el Continente se sublevaba contra España, la más numerosa, fuerte, acomodada y emprendedora clase de propietarios rurales que hemos tenido hasta el presente. El censo de 1827, tomado en tiempos de Vives, reveló que en la Isla había 1.000 ingenios, 2.067 cafetales, 76 algodones, 60 cacaotales, 3.090 potreros, 5.534 vegas de tabaco y 13.947 sitios de labor y estancias. El dato desfavorable estaba en la población, que, elevada a 704.487 habitantes, contaba con 311.051 blancos y 286.942 esclavos, siendo el resto personas libres de color. Pero, como se ve, si el desarrollo material había traído el aumento de la población de color, principalmente de la esclava, a cifras elevadísimas, no había producido la concentración de la propiedad, sino acentuado el pro-

ceso secular de división y multiplicación de ésta. El agro cubano quedaba fuertemente constituido, y Cuba contaba con miles de familias sólidamente organizadas, arraigadas en tierra propia, el cultivo y explotación de la cual dirigían personalmente gente bien acomodada al medio, anhelosa de progreso, de autonomía política y de desempeñar en su país el papel preponderante a que le daban derecho su ilustración, su arraigo y su valer individual y colectivo. De esta clase de propietarios rurales surgieron los Aguilera, los Céspedes, los Maceo Osorio, los Figueredo, los Cisneros Betancourt, los Aldama, los Morales Lemus, los Frías, los Mazorra, los Alfonso, los Agramonte, los Echeverría, los Iznaga, toda esa larga serie de patricios ilustres que son los creadores de Cuba en lo económico, lo social y lo político, gente que trabajó, que viajó, que emprendió, que envió a sus hijos a estudiar con Luz y Caballero, o en excelentes colegios de Francia y de Inglaterra, y que en la Sociedad Económica, el Consulado de Agricultura, Industria y Comercio, la Junta de Fomento, la Junta de Información, la Revolución de Yara y el Partido Autonomista, realizó estupendos esfuerzos para asegurarle a Cuba las instituciones sociales y de gobierno y las libertades públicas que son el coronamiento de toda obra colectiva de progreso y de civilización.

El estudio de cómo subsistió durante el siglo XIX la gran masa de propiedad rústica creada de la mancha que hemos bosquejado sucintamente, nos ocupará en el próximo capítulo, para entrar después, reunidos todos estos antecedentes, en lo que pudiéramos llamar la era del latifundio azucarero, con su labor destructiva de la estructura secular de la sociedad cubana.

VII

INGENIOS CUBANOS SIN LATIFUNDIO

Mientras que a merced de condiciones hoy transitorias ha conseguido la Isla mantener cierta especie de equilibrio entre los gastos y los productos agrícolas, ha logrado también conservar la producción y hasta aumentarla, a fuerza de laboriosidad, aprovechando los adelantos de otras en el cultivo de la caña y sobre todo en la fabricación del azúcar. (Informe de los Comisionados cubanos a la Junta de Información en 1866. Ponencia sobre la Cuestión Económica.)

La industria azucarera, bruscamente impulsada en Cuba, según hemos dicho, por el alza enorme de los precios que siguió a la destrucción de la riqueza de Haití en la década de 1790 a 1800, y favorecida con la libre importación de esclavos, el inicio de la libertad comercial y los demás importantes beneficios que Arango y Parreño obtuvo de la Corona en aquella feliz oportunidad, no logró, sin embargo, en ningún momento, una expansión peligrosa ni provocó el desarrollo

del latifundio, por un conjunto de causas cuya enumeración nos permitirá establecer un contraste profundamente sugestivo e interesante con la situación que prevalece en la actualidad.

En primer lugar, de la misma manera que lo alto del precio lanzó a Cuba violentamente al cultivo de la caña, produjo idéntico efecto en las Antillas inglesas y en otras partes, llegándose a obtener, hacia el 1800, un exceso de producción que deprimió y desmoralizó el mercado. El *boom* azucarero, como diríamos ahora, quedó paralizado, y como el precio del café, fruto más difícil de producir en pocos años, se mantenía elevado, una gran parte de la actividad cubana se consagró al fomento de cafetales. La baja brusca del precio del dulce al alborear el siglo, arruinó a más de treinta ingenios cubanos, iniciándose entre nosotros *la lotería de las Indias Occidentales*, como llamaban los ingleses al negocio azucarero. Comenzaban a repónerse nuestros hacendados de este primer quebranto, cuando el embargo decretado por los Estados Unidos en 1807, durante las guerras de Inglaterra y Francia, cerrando los puertos norteamericanos al comercio exterior y prohibiendo la navegación de todo buque de dicha nacionalidad, asestó un nuevo y duro golpe a nuestra producción, que tenía su principal salida en barcos de Norteamérica. Pero todavía la segunda década del siglo XIX no habría de cerrarse sin que nuestros hacendados viesan levantarse en el horizonte dos nuevas nubes preñadas de amenazas para su industria. Fué la primera la aparición de un competidor terrible, el azúcar de remolacha, convertido a la fuerza, digámoslo así, en un producto comercial por la enérgica voluntad de Napoleón durante el

bloqueo continental. Bajo la presión de las necesidades determinadas por la guerra, nació en Europa la nueva industria, la cual, creando fuertes intereses, habría de continuar después por sí misma su avance durante todo el siglo, luchando a brazo partido con el azúcar de caña. La segunda amenaza estuvo representada por la supresión legal del tráfico de esclavos, impuesta por Inglaterra a España en un Tratado concertado en 1817. Debía comenzar a hacerse efectivo a partir de 1821, siendo la causa de las exigencias inglesas el hecho de que Cuba hacía una ruinosa competencia a las Antillas británicas.

Detenido el empuje del crecimiento de la industria por las causas señaladas, otras de carácter más o menos permanente continuaron creando grandes dificultades a la expansión del negocio. En 1818, se autorizó definitivamente el comercio de Cuba con todos los países extranjeros, pero el arancel de triple columna impuesto por los intereses mercantiles de la Península para favorecer la producción y la Marina de la metrópoli a expensas de Cuba, el altísimo tipo del interés del dinero, a causa de la falta de Bancos, y lo caro de los seguros en una época en que España, casi sin Marina, luchaba contra sus colonias sublevadas, pesaban demasiado sobre nuestros azucareros para que el cultivo de la caña pudiese tomar vuelos amenazadores, absorbiendo toda la actividad productora del país. Al comienzo de la época del 1820, los hacendados se vieron frente al grave problema de sustituir sus métodos de fabricación, introduciendo la maquinaria de vapor. Esta, que había hecho su aparición en la industria de hilados en Inglaterra, a mediados del siglo XVIII, se extendió a otros campos,

inclusive el de la fabricación de azúcar. Desde principios del siglo se intentó introducirla en Cuba, y antes de terminar la segunda década del XIX ya había ingenios de vapor en muchos lugares de la Isla; pero, sobre todo, fué a partir del 1820 cuando la industria se orientó forzosamente, estrechada cada vez más por la competencia de la remolacha, hacia el empleo de la maquinaria de vapor para mover los molinos o trapiches, y el uso de nuevos aparatos para la cocción del jugo.

Con la introducción de la máquina de vapor en los ingenios, comenzaron éstos a crecer, iniciándose un constante desarrollo de las fábricas que, en el espacio de un siglo, habría de conducir de los modestísimos trapiches primitivos, a los gigantescos centrales de un millón de sacos de nuestros días. No obstante, el crecimiento del ingenio, en los primeros sesenta años del siglo, fué lento, no sólo por las condiciones poco favorables para la expansión de la industria a que nos hemos referido, sino porque existían otros obstáculos materiales que hacían imposible las fábricas demasiado grandes. Contábanse en primera línea la deficiencia de los medios de transporte, el arduo problema de la provisión de combustible y la necesidad de contar con enormes hoyadas para el acarreo de la caña y del azúcar.

La caña, en efecto, y en menor escala el azúcar también, son productos pesados y voluminosos. Su transporte en las carretas primitivas, antes de la invención del ferrocarril, en un país sin carreteras ni buenos caminos, resultaba costosísimo a largas distancias, de manera que el ingenio tuvo un área limitada forzosamente, más allá de la cual era imposible que se extendiese. El latifundio azucarero resultaba una imposibilidad ma-

terial casi absoluta. El ferrocarril hizo su primera aparición en Inglaterra en 1826. Tardó algunos años en perfeccionarse, y en Cuba no se introdujo sino una década más tarde, por Compañías formadas o patrocinadas por hacendados, pero sólo para el transporte del azúcar hasta los puertos de embarque. No era negocio entonces todavía transportar caña por ferrocarril.

El enorme gasto de combustible fué otro factor que impuso límites a la expansión desmesurada de los ingenios. Cada zafra requería el consumo de bosques enteros. El ingenio tenía que contar con un suficiente abasto de leña, a distancias no muy lejanas, porque también se trataba de un producto voluminoso y pesado. Finalmente, el tiro de la caña, el de la leña y el del azúcar, sin contar los trabajos de arar y preparar la tierra, exigían el empleo de un enorme número de yuntas de bueyes. El ingenio necesitaba un potrero, tanto mayor cuanto más azúcar fabricaba, para un ganado que en parte quedaba inactivo durante "el tiempo muerto", pero que el ingenio debía sostener. Finalmente, siendo la mano de obra esclava, el ingenio tenía que alojar, mantener, vestir y asistir en sus enfermedades, durante todo el año, a los centenares de esclavos de la dotación. Esto representaba la inversión de un capital, inactivo en ciertos períodos, por espacio de varios meses, realmente enorme. Basta apreciar en su conjunto todas las condiciones enumeradas para comprender que el ingenio cubano, antes de la mitad del siglo, no podía crecer de manera ilimitada, ni en realidad creció, hasta llegar a convertirse en un latifundio peligroso para sus vecinos.

La industria azucarera aumentó principalmeme du-

rante media centuria por la multiplicación de los ingenios, continuándose el desarrollo de la propiedad rústica. En 1827, los ingenios eran un millar. En 1846 se elevaban a 1.442, según datos que pueden considerarse muy autorizados, y en 1860, el historiador Pezuola, generalmente bien informado, calcula que entre grandes y pequeños sumaban 2.000, cifra la más alta a que tal vez se llegó en Cuba. En esta última fecha ya ciertos ingenios habían crecido mucho, a pesar de las dificultades que restringían su expansión. En una lista de 22 notables ingenios que figuran en el *Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico de la Isla de Cuba*, de Pezuola, sólo un ingenio, el "Santa Susana", de los herederos de Parejo, en Cienfuegos, aparece con 340 caballerías de tierra. Le sigue en tamaño el "San Martín", de don Francisco Pedroso y Herrera, con 222 caballerías, mientras hay otros de 45 caballerías, 56 y 58, que figuran en primera línea. Así, pues, no es extraño que la producción, todavía a base exclusivamente de capital cubano, aumentase con cierta lentitud, siguiendo *pari pasu* el desarrollo general del país en población, riqueza, comunicaciones y medios materiales de vida. En el primer quinquenio del siglo, el promedio de azúcar exportado anualmente fué, según Pezuola, de 2.964.064 arrobas, y en el quinquenio que terminó en 1840, de 10.148.555. Si se tiene en cuenta el gran aumento de Cuba en población, que el comercio libre existía desde 1818, y que el ferrocarril y la navegación en buques de vapor ofrecían facilidades desconocidas veinte años antes, se llega a la conclusión de que la industria crecía moderadamente, conviviendo con otras formas de la actividad productora del país, y siendo un factor de ri-

queza y de multiplicación de la propiedad, así como de una clase de acomodados propietarios rurales, promotores de grandes mejoras en su patria.

En efecto, los hacendados cubanos de la primera mitad del siglo promovieron en grandísima parte, no sólo el desarrollo de la riqueza propia, sino el adelanto general del país.

Hacendados fueron, en su mayoría, los que trabajaron con gran tesón en la Sociedad Económica y en la Junta de Fomento; hacendados fueron los que lograron que el Padre Varela y Saco, para responder a las exigencias de la industria azucarera, iniciasen en Cuba la enseñanza de la física y de la química; hacendados fueron los que trajeron al químico Casaseca y los que fundaron nuestro primer jardín botánico y nuestra primera Escuela de Agricultura; fueron hacendados los que además de importar la maquinaria de vapor aplicada a los trapiches, organizaron, como hemos dicho, nuestras primeras empresas ferroviarias de servicio público, y fueron hacendados también, finalmente, los que, además de gestionar y patrocinar todas las reformas de carácter económico, social y político introducidas en Cuba en las dos primeras décadas del siglo, abogaron enérgicamente por la inmigración y colonización blancas, sin que muchos de ellos, los de más enérgico y elevado espíritu, cesasen en su empeño, a pesar de las amenazas y las calumnias de los negreros, contrabandistas de esclavos, en provechosas relaciones inconfesables generalmente, con las autoridades superiores de la Colonia.

Y adoptaban esta actitud y seguían aquella línea de conducta, porque los cubanos representativos de aquella época conocían la historia de las Antillas inglesas, a

que nos hemos referido, y rechazaban enérgicamente para su patria un porvenir semejante. "Ignoran los que responden—decían los comisionados cubanos en la Junta de Información de 1866, contestando uno de los cuestionarios que les fueron sometidos por el Gobierno español—si las Antillas extranjeras, donde han prevalecido y prevalecen otros principios de población, están llamadas a ser otra cosa en lo futuro que vastos talleres donde se cultiven y elaboren las materias tropicales a manos de razas distintas de la blanca, o simples factorías para el comercio y navegación de sus metrópolis; pero nadie que comprenda la importancia política, económica y social de las islas que España posee todavía en aquellos mares, puede apetecer para ellas un porvenir tan secundario, una función tan subalterna en el organismo y movimiento de la civilización moderna. Cuba, por lo menos, que a todas supera con mucho en extensión y en elementos propios para elevarse a mayores destinos, no deberá en tiempo alguno sacrificarlos a las conveniencias ficticias o pasajeras de un mercantilismo sin previsión ni dignidad."

Así pensaban y sentían aquellos hombres, y así debemos pensar nosotros, frente al mercantilismo *sin previsión ni dignidad* de los latifundistas de nuestros días.

TERCERA PARTE

EL DESARROLLO DEL LATIFUNDIO AZUCARERO EN CUBA

VIII

ANTECEDENTES DEL PERIODO LATIFUNDIARIO

La separación de las tareas agrícolas de las fabriles se puede hacer de dos modos: o perteneciendo a un mismo dueño las tierras cultivadas y las fábricas y aparatos empleados en la elaboración del azúcar, o a dueños diferentes. En el primer caso, el propietario puede repartir sus tierras a colonos, ya pagándoles un salario por su trabajo, ya dándoles una parte del rendimiento de la caña. Este método es muy ventajoso, porque dividida la tierra en pequeñas suertes, su cultura será más perfecta; si el año es malo, se ahorrará el hacendado los jornales que en el primer caso pagaría; y como el interés del colono no está limitado por el salario fijo, se empeñará en cultivar mejor para que la caña rinda más, pues que este rendimiento será la medida de su ganancia. (Informe del hacendado don DOMINGO ALDAMA al general Serrano, contra un plan de colonización africana en 1862.)

De 1840 a 1860 la producción azucarera creció rápidamente en Cuba, elevándose el azúcar exportado de 12.867.698 arrobas en el quinquenio de 1841-45, a 23.139.245 arrobas en el de 1856-59, según Pezuela. Contribuyó a este rápido desarrollo de la producción la ruina casi total de los cafetales, a causa del bajo precio del grano, por lo cual todas las fincas, los capitales y los brazos dedicados al café, se destinaron a la caña. Uno de los cuatro pilares de nuestra economía—ganado, caña, tabaco y café—quedaba destruido, vigorizándose la industria azucarera con la pérdida del que, siendo el último en aparecer, había llegado a ser uno de los más fuertes y prósperos.

Mientras tanto, el progreso de los métodos de fabricación y los adelantos de la mecánica, obligaban a los ingenios a una renovación casi constante de la maquinaria y demás instalaciones de las fábricas. El ingenio crecía sin cesar, y era ya un negocio que requería grandes capitales. La práctica antigua de que cada cultivador, aunque sólo sembrase unas cuantas caballerías de caña, levantase su trapiche para moler su fruto, hubo de abandonarse, y la multiplicación de los ingenios se detuvo, probablemente en la década del 1850-60. En lo sucesivo, la evolución habría de ser, no en el sentido del aumento en el número de las fábricas, tal como había venido ocurriendo desde el siglo XVII, sino en el de la reducción del número de los ingenios y el aumento de la capacidad productora de cada uno. Ya no se podía ser hacendado sin ser gran propietario o fuerte capitalista. Los ingenios pequeños, obteniendo más baja extracción y produciendo un azúcar muchas veces de calidad inferior, no podían resistir la competencia, y comen-

zaron a sostenerse difícilmente, a arruinarse y a desaparecer. La Guerra de los Diez Años precipitó la destrucción de gran número de ellos. Jurisdicciones como las de Bayamo y Manzanillo, por ejemplo, que en 1862 contaban con 24 ingenios la primera, entre ellos uno de vapor, y 18 la segunda, con seis movidos también por vapor, en 1877 no figuran con uno sólo en las estadísticas, mientras que Holguín, que en 1862 tenía 16, en 1877 sólo contaba con cuatro. Del 1860 al 1877, la reducción del número de ingenios fué tan rápida, que de 2.000 en la primera de las citadas fechas, aparecen reducidos a 1.190 en la segunda.

* * *

Uno de los primeros efectos de este doble movimiento de reducción del número de ingenios y de aumento de la capacidad productora o fabril de los que subsistían fué la aparición de un tipo de productor nuevo, el "colono", que sembraba caña, pero que, no teniendo trapiche o fábrica de su propiedad para molerla y convertirla en azúcar, lograba que el ingenio vecino se la moliese, entregando al dueño del ingenio, en pago de dicha operación, una parte del dulce obtenido, y disponiendo libremente del resto. Al aparecer los primeros colonos, la producción azucarera comenzó a desdoblarse, rompiéndose la tradicional práctica de que el mismo cultivador fuese también fabricante de azúcar y vendedor del artículo elaborado. No obstante, el cultivador continuaba siendo un productor independiente. El ingenio molía la caña en las condiciones estipuladas y le entregaba la proporción de azúcar correspondiente al co-

lono, disponiendo éste de ella a su antojo, y vendiéndola dónde, cuándo y en las condiciones que podía o tenía a bien. Los ingenios que recibían caña de cultivadores independientes en las condiciones antedichas, comenzaron a llamarse "centrales", a partir de la terminación de la Guerra de los Diez Años. La existencia del central y del sistema de colonato data de aquella fecha, aproximadamente.

Esta nueva orientación de la industria se produjo espontánea y naturalmente, en virtud de necesidades, tanto del hacendado como del cultivador que se convertía en colono. En las décadas del 50 y del 60, los hacendados luchaban con la falta de capital para renovar y ampliar las maquinarias de sus fábricas y con las dificultades enormes de organización y administración de los ingenios demasiado grandes, apuntadas en un capítulo precedente. El conde de Pozos Dulces y otros economistas de la época aconsejaban, como un medio de resolver los graves problemas de la industria, la aplicación del gran principio de la división del trabajo. La parte industrial y la agrícola del negocio azucarero, decían debía distinguirse y separarse. El fabricante no debía dedicarse sino a la primera, con lo cual la amplitud del negocio se reducía y todo el capital del hacendado podría emplearse en mejorar, agrandar y operar el ingenio, librándose del enorme gasto y la abrumadora tarea de atender a la adquisición de tierras, al cultivo de la caña y al transporte de ésta hasta el batey. Los hacendados no llegaron nunca a abandonar el cultivo totalmente, pero combinando su problema de falta de capital y de dificultad de administración, con el de los cultivadores sin recursos bastantes para sostener inge-

nios, comenzaron a recibir y a moler caña de sus vecinos en la forma citada más arriba, es decir, cobrándoles en azúcar el costo de la operación. Así se abrió una nueva época en la historia de la industria azucarera, creándose y multiplicándose una nueva clase social, la de los colonos, que ha ido cayendo cada vez más, poco a poco, pero de una manera constante, bajo la dependencia económica del central.

* * *

El establecimiento de los centrales y del sistema de colonato no condujo en el primer momento al latifundismo. A la inversa, retardó la aparición de éste. Si el central, en crecimiento constante, no hubiera estado abastecido de caña por los colonos, por fuerza habría debido acudir al acaparamiento de tierras para proveerse de la materia prima necesaria, pese a los dos enormes inconvenientes de la falta de capital y de la escasez de jornaleros después de la abolición de la esclavitud, para sembrar caña por administración. Las fábricas y los bateyes pudieron agrandarse, y se agrandaron, por consiguiente, sin una extensión proporcional de las tierras del ingenio. Empezó a haber ingenios muy grandes, pero no un movimiento generalizado hacia el latifundio azucarero. Aunque con más lentitud, la propiedad continuó subdividiéndose con la formación de "colonias de caña", y pudimos llegar a la terminación del siglo con un total de 60.711 fincas, que representaban el 30 por 100, en números cerrados, de todo el área de Cuba. Las causas generales que dificultaban el rápido desarrollo de la industria azucarera, enumeradas en ca-

pítulos precedentes, seguían subsistiendo también y ponían trabas al latifundismo. Por otra parte, había venido a sumarse a ellas otra muy poderosa: la inseguridad para los negocios y el capital, especialmente el empleado fuera de las ciudades, después que en 1868 se abrió el largo y sangriento período de las guerras por la Independencia. La producción se desarrollaba con mucha lentitud, y hasta se advertían considerables retrocesos, pues en los seis años que median de 1885 a 1890 fué mucho menor, verbigracia, que de 1870 a 1875.

* * *

Pero antes de cerrarse el siglo XIX y terminar con él la dominación española en Cuba, había de entrar en juego un nuevo factor, que es, fundamentalmente, el principal responsable del latifundio: la competencia o rivalidad de los ingenios entre sí, disputándose la materia prima: la caña.

Los antiguos ingenios no se hacían competencia, porque, según hemos dejado establecido, cada uno tenía un área propia, más allá de los límites de la cual era casi materialmente imposible que pudieran extenderse, por la deficiencia de los medios de comunicación.

Ningún ingenio invadía las tierras del vecino, y numerosos pequeños trapiches, a veces más de cien, convivían en un término municipal. Al crecer los ingenios y convertirse en centrales, necesitaron un abasto mucho mayor de caña. El área de abastecimiento se agrandó sin cesar; pero tuvo siempre un límite, que le era impuesto por el alto costo del transporte a "tiro" de la caña en carretas, prohibitivo cuando pasaba de cierta

distancia. El ferrocarril, inventado, como hemos dicho, en 1826, se introdujo en Cuba diez años más tarde, y fué el factor que hizo posible, y que agudizó cada día más, la rivalidad de los centrales, en las últimas décadas del siglo, provocando el latifundismo. Hasta 1878, el desarrollo del ferrocarril fué lento en el mundo, a pesar de sus enormes ventajas, porque era un medio de transporte costoso e imperfecto; pero a partir de 1870, cuando los rieles de hierro empezaron a ser sustituidos por los de acero, gracias a los enormes adelantos de las industrias metalúrgicas, y, sobre todo, después que el precio de la tonelada de rieles de acero descendió en los Estados Unidos de \$ 106, en 1870, a \$ 44, en 1878, el ferrocarril tomó un desarrollo fenomenal y comenzó a ser utilizado ampliamente. En Cuba, los centrales, mayores cada vez y más necesitados de caña, empezaron a tender sus propias líneas, llamadas de "vía estrecha", gracias a las cuales pudo traerse caña al batey, a un costo moderado, desde lugares muy lejanos, que antes estaban fuera del área posible del central. Al mismo tiempo, los ferrocarriles públicos, extendiendo sus líneas y sus ramales, creaban también la posibilidad del transporte de caña a muchos kilómetros de distancia. La expansión del central puede decirse que fué, desde entonces, teóricamente, casi ilimitada, aunque, en la práctica, el costo de las líneas o el de los fletes, cuando se trataba de distancias muy grandes, demarcaba una zona a cada fábrica. Desde el momento en que un central necesitado de caña pudo invadir la zona que hasta entonces había sido de abastecimiento exclusivo de otro, la rivalidad entre ellos fué inevitable. Se manifestó, al principio, en un aumento de la cantidad de azúcar ofre-

cida al colono a cambio de molerle su caña, de tal manera que, después de muchos años, todavía en una fecha reciente, podían distinguirse las zonas donde los ingenios mantenían aún dicha competencia, caracterizada por el número mayor de arrobas de azúcar que el central ofrecía al cultivador por cada 100 arrobas de caña puestas en el batey. En la Habana, Matanzas y Santa Clara, donde el número de centrales era grande y el ferrocarril público permitía la rivalidad, vendiendo el colono libre su caña a quien más le ofrecía, se daban más de siete arrobas de azúcar por cada 100 de caña; en ciertos lugares de Pinar del Río, y en Camagüey y Oriente, faltas de ferrocarriles, sólo se ofrecían de cuatro a cinco y media arrobas, cuando más.

En el momento en que los centrales comenzaron a competir, se les creó un problema nuevo: el de asegurarse la provisión de caña indispensable para "la zafra", en proporción a la capacidad productora de cada uno, al más bajo costo posible. Esto sólo podían lograrlo por dos caminos: primero, dominando económicamente al colono hasta reducir la independencia de éste, convirtiéndolo en un feudatario del ingenio, atado por un contrato e impedido de vender libremente su fruto; segundo, adquiriendo tierras para sembrarlas por administración, darlas a *partido* o arrendarlas a colonos dependientes del ingenio.

Lo primero conducía a desnaturalizar el primitivo sistema de colonato, reduciendo una clase de cultivadores libres a una condición de feudatarios del central; lo segundo llevaba directamente el latifundismo, destruyendo la pequeña y la mediana propiedad rústica para sustituir al colono de tipo antiguo, bien por otro que es

una especie de empleado sin sueldo, con probabilidad de obtener alguna ganancia en la caña que siembra en tierras del ingenio, con dinero facilitado por éste, bajo la estrecha vigilancia y fiscalización del mismo, bien por jornaleros, cuando el cultivo se hace "por administración".

El central y el colono se enfrentaron a partir de ese momento, tratando de dominar el uno y de defenderse el otro. Las últimas décadas del siglo transcurrían sin gran desigualdad ni desventaja de parte y parte, a causa de la falta de una marcada superioridad, en orden al capital, tanto del uno como del otro, cuando la Independencia, creando condiciones nuevas para la industria, permitió, por la imprevisión de nuestros Gobiernos, que el capital extranjero, echando su peso formidable y abrumador del lado de la fábrica, aplastase al cultivador cubano, amenazando, con la ruina de éste, acarrear la de la República.

IX

PREPARANDO EL CAMPO AL LATIFUNDIO

PROYECTO DE LEY

ARTÍCULO PRIMERO. Desde esta fecha queda terminantemente prohibido todo contrato o pacto a virtud de los cuales se enajenen bienes raíces a favor de extranjeros.

.....
ART. 6.º Ningún extranjero, ni ninguna sociedad extranjera, de cualquier clase y denominación que fuere, podrán fundar caseríos, poblados y ciudades, sin autorización previa del Congreso de la República, mediante información acerca de su conveniencia o necesidad.

ART. 7.º Los caseríos, poblados y ciudades establecidos con la autorización a que se refiere el artículo anterior, se regirán siempre y conforme a las leyes de la República.

ART. 8.º Los caseríos construídos en los bateyes de los ingenios de azúcar, u otras cualesquiera fincas rústicas, cuya población no fuere inferior a doscientos cincuenta moradores, se incorporarán a los Ayuntamientos más próximos, de los cuales serán con-

siderados como barrios, rigiéndose por las Ordenanzas y disposiciones que aquéllos dictaren o estuvieran vigentes. (Proyecto de ley presentado por el senador don MANUEL SANGUILY, con fecha de 3 de marzo de 1903. *Diario de Sesiones del Congreso de la República*. Vol. II, núm. 40, Habana, noviembre de 1908.—No llegó a ser discutido.)

Al cesar la dominación española en Cuba, se crearon condiciones muy favorables para el desarrollo de la industria azucarera, unas de carácter general, es decir, relativas a todos los negocios; otras concernientes exclusivamente a la citada industria, viniendo todas, de una manera o de otra, a facilitar la transformación del central en el modernísimo y gigantesco latifundio.

La paz interior, fundamentalmente establecida en el país, ofreció un campo seguro a los negocios. El capital se sintió garantizado de una manera absoluta, no sólo por los Gobiernos cubanos, sino por la fuerza formidable de los Estados Unidos, a virtud de las estipulaciones del Tratado de París, que puso término en 1898 a la guerra hispanoamericana, y del Tratado de Relaciones Permanentes entre Cuba y Norteamérica, concertado de acuerdo con la enmienda Platt. El temor a los daños de las revoluciones desapareció, eliminándose uno de los obstáculos que desde mediados del siglo XIX habían contenido la inversión de capital extranjero en Cuba. Otro factor importantísimo fué la extirpación de la fiebre amarilla y la extraordinaria mejora de las condiciones sanitarias de Cuba. De un país apestado, que imponía una elevada contribución de vidas a los extranjeros, pasamos a ser una de las tierras más sanas y de

más bajo coeficiente de mortalidad, donde se ejercía una cuidadosa vigilancia sobre el desarrollo de las epidemias, con abundancia de medios para combatirlas al primer brote. En tercer lugar, la atención que nuestros Gobiernos prestaron al desarrollo de las vías férreas, subvencionando generosamente a las Compañías, así como al de otras obras públicas en general, abrió nuevas y extensas regiones al fomento y a la iniciativa de los hombres de trabajo y de empresa. Al propio tiempo, la desaparición de la mayor parte de las barreras arancelarias, destinadas a proteger los intereses de nuestra ex metrópoli, en contra del comercio del resto del mundo, brindaba oportunidades desconocidas hasta entonces al tráfico exterior. Finalmente, la simpatía con que fué vista, como un testimonio de fe en la República, la afluencia de capital extranjero; las facilidades extraordinarias brindadas por las leyes para el establecimiento de Bancos y de sucursales de éstos, sin estar sujetos casi a ninguna fiscalización del Estado, pagando impuestos casi insignificantes, fueron, para no citar sino las más salientes, las causas que contribuyeron con mayor eficacia a abrir enteramente nuestra patria a la acción sin trabas de la empresa capitalista, libre de las cortapisas que en los mismos Estados Unidos, el país de los grandes negocios, le impone la ley Sherman contra los *trusts*, y todo un conjunto de disposiciones encaminadas a mantener un prudente equilibrio entre las diversas fuerzas propulsoras del desarrollo industrial, financiero y mercantil.

Aparte de la influencia de estas causas generales, la industria azucarera recibió un poderosísimo estímulo con el 20 por 100 de reducción de los derechos aran-

celarios al azúcar cubano a su entrada en los Estados Unidos, según cláusula del llamado Tratado de Reciprocidad. Cuba, por su proximidad a Norteamérica, está en condiciones más ventajosas que cualquier otro país productor de azúcar para colocar su dulce en los Estados Unidos. Durante el período colonial, los aranceles, confeccionados de acuerdo con sus miras por el Gobierno español, levantaban una barrera entre Cuba y el país vecino; pero cuando esa muralla no sólo fué echada a tierra, sino, además, se concedió al azúcar cubano un trato privilegiado en las Aduanas del Norte, el capital extranjero interesado en negocios de azúcar juzgó a Cuba el país ideal para sus inversiones. De beneficio especial y directo para los ingenios es también la legislación ferroviaria, obra del Gobierno de Wood, mantenida por la República, que ha brindado o brinda facilidades excepcionales para la construcción de ferrocarriles de uso privado. La vía férrea pública crea la competencia entre los ingenios, permitiendo el transporte de caña a largas distancias. El ferrocarril privado, que excluye necesaria y fatalmente de las zonas donde llega a dominar al de servicio público, privándole del mayor volumen de carga, suprime, en cambio, toda posibilidad de competencia, y es un agente de ilimitada expansión de los ingenios, gracias al cual pueden éstos imponer de manera irresistible su señorío dondequiera que el propietario de la tierra o el cultivador carecen de medios de transporte económicos para sus frutos. La concesión de los llamados "subpuertos" (1) vino a

(1) Embarcaderos privados en las costas para la exportación de azúcar.

completar las ventajas del ferrocarril privado. Asegurándole a cada central comunicaciones propias, exclusivas, dentro del país y con el exterior, no sólo le ha permitido obtener grandes economías, sino le ha garantizado contra toda competencia en la zona de influencia escogida para el desarrollo de sus actividades, según tendremos ocasión de explicar más adelante. Frente a este conjunto de condiciones ventajosísimas para el desarrollo de la gran industria azucarera, sólo existía en pie una medida que podía obligarla a limitar sus impulsos y contener su empuje, imponiéndole un crecimiento moderado, proporcional al del aumento del país en población: la legislación restrictiva de la inmigración llamada indeseable, de tiempo de Wood, sabia obra de previsión por la cual luchara con la mayor energía y el más ardiente celo patriótico la opinión cubana desde los tiempos de Saco y Pozos Dulces, impuesta por los intereses remolacheros norteamericanos para aceptar el Tratado de Reciprocidad de 1902, pero que ha sido barrera allanada fácilmente por las más poderosas Compañías cada vez que les ha sido necesario para obtener un margen mayor de ganancia, a costa del trabajador cubano y de los supremos intereses de la nacionalidad (1). ¡Quién habría de decirles a nuestros presidentes de la República y a nuestros secretarios del

(1) Los remolacheros norteamericanos previeron que el Tratado promovería el rápido crecimiento de la industria azucarera en Cuba, en rivalidad con la suya. Por lo tanto, para dejar pasar el Tratado en el Senado de Washington, exigieron que se limitase la importación de braceros baratos en Cuba, con lo cual la industria crecería lentamente. El general Wood, que gobernaba a Cuba con plenos poderes, dictó la ley en la forma de una orden militar.

Despacho, hombres de la Revolución casi todos, que al cabo de poco más de cincuenta años habrían de justificar, con sus permisos especiales para contratar e importar haitianos y jamaíquinos, a los O'Donnell, a los Roncali, a los Cañedo, a los Concha, capitanes generales que se entendían con los negreros para facilitar el contrabando de esclavos, con la excusa de que el cultivo de la caña los hacía indispensables! Una onza de oro por esclavo, dícese, era el pago de aquella complicidad de los capitanes generales, echada siempre en cara a España por la opinión cubana revolucionaria, como una de las peores vergüenzas del período colonial y uno de los más nefandos crímenes cometidos contra Cuba, con el fin de perpetuar su dominación en nuestro país. Hoy, frente a la rectificación efectuada por las más altas autoridades cubanas de la obra de Wood, creyendo, sin duda, erróneamente, servir los intereses de la economía nacional, el corazón se oprime pensando cuán inútilmente observaron, meditaron, escribieron y lucharon por Cuba sus hijos y sus pensadores más esclarecidos de ayer, y cuán lentamente se abren paso en la conciencia pública y en las altas cimas de la gobernación del Estado ciertas verdades fundamentales, de las cuales depende la seguridad y el bienestar de la patria, cuando un interés material poderoso echa la enorme montaña de su influencia en la balanza donde se pesan los destinos nacionales.

De manera que, contando con un país abierto a todos los adelantos de la civilización, barridos todos los obstáculos de la época colonial, con incentivos y estímulos extraordinarios, y suprimida la única posible dificultad que podía limitar sus vuelos, la industria azucarera, utilizando los dos incontrastables medios de acción que

usó en Barbados: capital extranjero en busca de lucro y mano de obra a un costo ínfimo, pudo extenderse y se extendió, centralizando en unos ciento ochenta y tantos ingenios la propiedad de más de 170.000 caballerías de tierra, la quinta parte del territorio nacional, quizás más de la mitad de la tierra laborable de Cuba, sin contar con las caballerías que domina, bien por arriendo, o porque, enclavadas dentro de sus zonas de influencia y sin medios de comunicación, se hallan enteramente a su merced.

* * *

Porque lo desdichado de nuestro caso estriba precisamente en eso. Durante cuatro siglos fuimos poblando poco a poco nuestro país; lo desmontamos, lo saneamos; importamos sus principales plantas industriales; trajimos y aclimatamos el ganado y las crías domésticas; erigimos, en los lugares más adecuados del interior y de las costas, los pueblos y las ciudades; defendimos bravamente la Isla contra el extranjero; hicimos la apropiación y división de la tierra entre los cultivadores; trazamos y construimos los caminos modernos, como la vía férrea, o antiguos, pero útiles, como los viejos caminos vecinales; luchamos por la libertad y la independencia, aspirando a fundar una República cordial, con todos y para todos; el genio de un cubano, Finlay, preparó el camino para librar, no sólo a Cuba, sino al mundo entero, de una de las peores plagas, y cuando toda esta obra secular de construcción parecía casi terminada y llamados nuestros hijos a beneficiarse con el fruto de un trabajo de siglos, el latifundio azucarero,

que acarreó la decadencia de las Indias occidentales, con sus dos palancas formidables, capital extranjero y trabajo importado a bajo precio, hace irrupción en nuestro suelo, comienza la destrucción en grande escala de nuestra pequeña y media propiedad, y va reduciendo la clase cubana de propietarios rurales y cultivadores independientes, nervio de la nacionalidad, a la inferior condición de un proletariado que cada día siente con mayor agudeza la asfixia económica, que hoy ya alcanza y oprime al país de un extremo a otro. ¡Dura prueba, ciertamente, la que el destino nos reservaba! De ella sólo podemos salir victoriosos examinando a fondo el mal y reuniendo todas las energías de que aún disponemos para circunscribirlo y localizarlo, impidiéndole realizar nuevos progresos y salvando, para los cubanos, lo que aún nos resta de Cuba.

X

EN PLENO FLORECIMIENTO DEL LATI- FUNDIO

Al paso que se desenvuelve esta verdadera revolución económica, a que seguirán consiguientemente una revolución social y una evolución política, esto es, la transformación de la riqueza territorial con el traspaso de su propiedad, y, por ende, la influencia inevitable de los poderosos extranjeros en la vida diaria, en el desgaste, en el descrédito y adulteración de nuestro idioma, y, al cabo, en la legislación y la suerte definitiva del país cubano, muy pronto nos solicitarán problemas o complicaciones formidables ante los cuales serían inútiles los lamentos, aunque no sería menos positiva y dolorosa nuestra impotencia para resolverlos como exige la preservación de nuestra nacionalidad.

(MANUEL SANGUILY: Párrafo del Proyecto de ley presentado en el Senado con fecha de 3 de marzo de 1903. *Diario de Sesiones del Congreso de la República*. Volumen II, núm. 40. Habana, noviembre de 1908.)

El rápido desarrollo del latifundio azucarero en Cuba, preparado ya en los últimos años de la dominación española y favorecido, a partir de 1899, por las circunstancias que hemos expuesto en el capítulo precedente, se produjo, como en Barbados a mediados del siglo XVII, por el impulso brusco de un poder financiero exterior y la importación de mano de obra de costo ínfimo. La finalidad también fué la misma: nada de un plan para promover el bienestar o el engrandecimiento material y moral del pueblo del país cultivador de la caña, sino el propósito meramente mercantil de obtener un interés elevado para el capital empleado en el negocio de la venta de azúcar, mediante el suministro de este artículo de primera necesidad, a muy bajo precio, al consumidor de una metrópoli económica distante, de la cual el país productor resulta un feudo o dependencia, que con el sacrificio y la pobreza de sus clases trabajadoras contribuye al bienestar y al abaratamiento de la vida del que lo tiene dominado y lo explota.

En Barbados, el mayor poder financiero exterior estuvo representado por los mercaderes holandeses; el trabajo importado de costo ínfimo, por los esclavos arrancados del Africa; las metrópolis beneficiadas, por los grandes emporios comerciales de Londres y Holanda; la causa inmediata que impulsó el negocio, por los trastornos interiores de Inglaterra, que le dejaron el campo libre, durante cierto número de años, a la Marina de Holanda. En Cuba, el poder financiero ha procedido de los Estados Unidos—Bancos y refinadores principalmente—; el trabajo depreciado ha sido y es el de haitianos y jamaquinos; la metrópoli beneficiada, los

Estados Unidos, en primer término, y la causa inmediata y directa que dió el brusco empuje final al latifundio, el alto precio del azúcar, a consecuencia de la guerra europea. Cuba, por sí sola, con su propio capital y sus propios brazos, no hubiera podido extender la industria a un límite peligroso para la mayoría de la comunidad. Con precios moderados, tampoco la industria hubiera crecido con tanto exceso y rapidez.

En 1899, al tomarse el censo de aquel año, el número de ingenios en condiciones de moler se había reducido a 207, de 1.190 que existían en 1877, como consecuencia de la ruina de muchos ingenios chicos, del 77 al 95, y de la destrucción en grande escala realizada durante la guerra de Independencia. En la última zafra, según la información de la revista *Times of Cuba*, número de 15 de junio próximo pasado (1927), han molido 185 ingenios. Como se ve, la reducción ha continuado, disminuyendo en 22 el número de fábricas, de 1899 a la fecha; puede asegurarse que todavía el proceso de concentración de la industria habrá de proseguir, desapareciendo algunos centrales más. En cambio, los centrales han aumentado estupendamente su capacidad productora, llegándose a las fábricas, dispuestas para elaborar un millón de sacos de a 13 arrobas en el corto período de cuatro o cinco meses. El fenómeno universal de la concentración de la industria, como medio de producir barato, reduciendo la parte proporcional de los gastos generales correspondientes a cada unidad del artículo elaborado y de eliminar o reducir la competencia, se ha dado en Cuba, acompañado de un intenso movimiento hacia la adquisición de la tierra colindante al ingenio para asegurarse el abastecimiento

de materia prima, la caña de azúcar, al más bajo costo. La concentración industrial, en lo que al aumento de la capacidad fabril de los centrales toca, puede considerarse un medio de defensa natural contra el competidor extranjero; pero la adquisición de tierras para sembrar caña por administración y acabar con los colonos independientes, o para dominar a éstos y colocarlos bajo una estrecha dependencia económica del central, es un ataque directo al cultivador cubano, que encontraba en la competencia de los ingenios, hecha posible por el ferrocarril de servicio público, el único medio de defensa, la única manera de obtener una proporción mayor de azúcar por cada cien arrobas de caña. Este es el hecho culminante para el pueblo cubano, para la clase cubana agricultora, de todo el proceso económico que estudiamos: el central acapara tierras, únicamente para imponerle su ley al cultivador, para someterlo, para sujetarlo a su yugo, para decirle: "Siembra caña en las condiciones inflexibles que yo fijo, o abandona este negocio y emigra de esta zona." Un mapa de Cuba con el tanto por ciento de arrobas de azúcar que dan al cultivador los ingenios por cada cien arrobas de caña señalaría con las cifras más altas las zonas donde aún subsiste alguna competencia para acaparar caña entre los centrales; las más bajas corresponderían a aquellas partes donde toda rivalidad ha sido eliminada y donde los colonos reciben el azúcar estrictamente indispensable para inducirlos a que continúen sembrando caña en beneficio del central, hasta que éste, si logra un medio de cosecharla a menos costo, los eche de las colonias. Dícese que el latifundio es indispensable a la existencia de la industria azucarera. Es un error. El latifundio es

indispensable para que el central domine al colono y lo explote, imponiéndole las duras condiciones que se le antoje; es decir, para que unas cuantas Compañías, cuarenta o cincuenta a lo sumo, sometan a centenares de miles de cultivadores; pero no es esencial para que se siembre caña y se haga azúcar. Hay otras bases más justas y más humanas sobre las cuales se puede organizar la producción. Si no las hubiera, Cuba no debiera tener el menor interés en una industria que reduce su clase agricultora al más duro y destructivo vasallaje económico.

* * *

Acuciado por su afán de reducir a los colonos independientes o por eliminar desde su inicio todo problema de competencia, el central del siglo xx ha dedicado todo el capital que ha sido necesario a la adquisición de tierras, sin que ninguna ley le saliese al paso para contenerlo en ese violento esfuerzo, encaminado, clara y directamente, a la expoliación del colono y del cultivador cubanos. Sin trabas de ninguna clase y favorecido por todas las circunstancias que hemos señalado en capítulos precedentes, los avances del latifundio azucarero han sido inmensos.

Según un cuadro estadístico publicado en mayo del corriente año por la Comisión Nacional de Estadísticas, con datos suministrados por los mismos centrales, en 1925-1926, los ciento ochenta y tantos ingenios de Cuba poseían más de 170.873 caballerías de tierra. Calculadas a 134.202 metros cuadrados por caballería, arrojan un total de 22.931 kilómetros cuadrados, que representan.

aproximadamente, el 20 por 100 del área total de Cuba. La provincia de Santa Clara, la tercera en extensión de Cuba, cuenta 21.411 kilómetros cuadrados de superficie, de manera que los ingenios poseen tierras que, en total, ocupan un área mayor que dicha provincia. Pinar del Río y Habana tienen, en conjunto, 21.721 kilómetros; así, pues, la tierra poseída por los ingenios representa una superficie más extensa que estas dos provincias juntas.

Un cuadro del número de kilómetros cuadrados poseídos por los ingenios en cada provincia, con el tanto por ciento del área total de las mismas que representan, nos da los siguientes datos:

Pinar del Río.....	629 kilóm. cuad.	5 % del área total.
Habana	1.128 — —	14 — —
Matanzas	2.353 — —	28 — —
Santa Clara	3.718 — —	12 — —
Camagüey	5.846 — —	21 — —
Oriente	9.574 — —	26 — —

Los centrales que molieron este año son 185; pero esto no significa que esa inmensa extensión de tierras, 22.931 kilómetros cuadrados, se halle concentrada en manos de 185 propietarios. En realidad, las entidades propietarias están representadas por una cifra mucho más baja, porque hay Compañías que poseen o controlan un número crecido de ingenios. Véase, si no. Tomando como base los centrales que, según la ya citada revista *Times of Cuba*, pertenecen a cada Compañía, y el número de caballerías que posee cada uno, según la Comisión Nacional de Estadística, resulta que la Cuban American Sugar C.^o posee seis ingenios con 14.867

caballerías de tierra; la Cuba Cane Sugar C.^o, 12 ingenios, con 10.844 caballerías; la General Sugar C.^o, con las Compañías que de ella dependen, nueve ingenios, con 8.972 caballerías, y la United Fruit C.^o, para no hacer demasiado larga esta relación, dos ingenios, con 8.578 caballerías. Las cuatro Compañías juntas dominan 29 ingenios, con 43.261 caballerías, cifra, la última, que representa, aproximadamente, el 25 por 100 de toda la tierra poseída por los centrales de Cuba. La concentración de la propiedad, el latifundismo, es mayor, por consiguiente, de lo que indican a primera vista los 185 ingenios existentes.

Numerosos centrales constituyen por sí solos gigantes latifundios. El Chaparra y el Delicias o San Manuel reúnen 11.600 caballerías de tierra; el Cunagua, 9.702; el Manatí, 6.253; el Preston, 5.644; el Jaronú, 4.500; los cuatro ingenios de Mr. Hershey, a las puertas de la Habana, la provincia de propiedad más dividida hasta hace poco, reúnen 1.575 caballerías.

Piénsese que en Cuba hay vastas regiones, como la península de Guanahacabibes, gran parte de la ciénaga de Zapata, la Sierra Maestra, el macizo montañoso de Sagua de Tánamo y Baracoa, y otras, que no son cultivables, y se tendrá idea de la proporción en que el latifundio azucarero ha acaparado la tierra laborable de Cuba. Pero todavía hay más. Los ingenios controlan, por arrendamiento, muchos miles de caballerías de tierra, aparte de las que poseen, y otros miles más de fincas que, enclavadas dentro de la zona del latifundio y sin ferrocarriles de servicio público a su alcance ni centrales vecinos a los cuales vender la caña, están enteramente a merced de la Compañía latifundista, que las

domina, sin haber invertido un centavo en comprarlas. Más del 40 por 100 del área total de Cuba, quizás, está dominada por el latifundio. Dentro de esa enorme porción de su patria, el cultivador cubano no puede alentar la aspiración más profunda y viva del hombre que tiene una familia y desea velar por su destino futuro: poseer un pedazo de tierra propio para levantar su hogar y cultivar, como trabajador libre, la tierra donde nació. En los dominios del latifundio ha de vivir como colono feudatario del ingenio, como empleado o como jornalero, y como el latifundismo avanza, cada día se reduce la parte del suelo cubano donde se puede vivir independientemente, con la agravante de que el central, con su colono sometido y su jornalero haitiano, hace una competencia ruinosa al colono independiente y al obrero nativo. Pero hagamos alto por ahora, porque los efectos económicos y sociales del latifundio merecen capítulo aparte.

CUARTA PARTE

EFFECTOS ECONOMICOS Y SOCIALES DEL
LATIFUNDIO AZUCARERO EN CUBA

XI

REDUCCION DE LA INDEPENDENCIA ECONOMICA DE CUBA Y EMPOBRECIMIENTO DE LA POBLACION RURAL

La explotación latifundiaría necesita disponer de una clase proletaria lo más numerosa posible, y tanto mejor podrá disponer de ésta cuanto más la separe de la propiedad del suelo y de los restantes medios de producción, convirtiéndola de una clase de pequeños agricultores en una masa meramente jornalera.

(FERDINAND TONNIES: *Desarrollo de la cuestión social*. Edit. "Labor", 1927.)

El latifundio azucarero concentra, como hemos visto en un capítulo anterior, enormes extensiones de la mejor tierra cultivable en manos de unas pocas personas o Compañías, que quizás no lleguen a medio centenar, y, como forzosa e inevitable consecuencia, ataca y destruye la pequeña y la mediana propiedad. En tal virtud, su desarrollo en Cuba constituye un fenómeno dia-

metralmente opuesto, en lo económico, lo social y lo político, al largo proceso que dió origen al pueblo y al Estado cubanos. En los capítulos que hemos dedicado a la formación del agro cubano demostramos cómo los primeros pobladores europeos de Cuba y sus descendientes fueron apropiándose, dividiéndose y cultivando el suelo de la Isla, llegando a crear una comunidad numerosa, firmemente arraigada en la tierra de donde obtenía el sustento, cuyos miembros se hallaban mejor adaptados que cualesquiera otros hombres de procedencia extranjera a las condiciones del ambiente natural y social. Esta comunidad cubana, formada en su inmensa mayoría por cultivadores y propietarios rurales, con la conciencia de su ser, de su existencia y de su personalidad, aspiró a la libertad política y luchó por alcanzarla, bajo el poder de España o fuera de éste, hasta constituirse en Estado independiente. Cuba existió como nación desde que el nativo, en mayoría abrumadora sobre el español peninsular, parceló el territorio de la Isla, lo poseyó como dueño y lo labró y cultivó, teniendo, colectivamente, vida económica propia y distinta de la de España. Su autonomía económica fué el antecedente obligado de su autonomía espiritual y de su existencia política independiente. El latifundismo es un proceso a la inversa: funde miles de parcelas en grandes unidades agrarias, desarraiga al cultivador del suelo, destruye la clase cubana de propietarios rurales y agricultores independientes, columna vertebral de la nación, y finalmente, acaba con la autonomía económica nacional, para convertir la comunidad en una mera dependencia, en un simple satélite, en un taller de trabajo, al servicio de una metrópoli económica exterior. El proceso latifun-

diario es un proceso de revisión de la obra histórica secular de creación de la sociedad y del Estado cubanos. Mina, socava, destruye en lo esencial y básico de la misma, la nacionalidad. De igual manera que en un campo se derriban las cercas, se borran los linderos y se arancan las plantas y yerbas de raíz, dejando el terreno limpio y expedito para nuevas labores y distintos cultivos, el latifundio acaba con todo lo que en cuatro siglos se fundó en Cuba, reduciéndonos a un inmenso campo de producción de azúcar a bajo precio para utilidad, beneficio y provecho del consumidor extranjero de ese artículo de primera necesidad.

El latifundio azucarero, además de atacar a la sociedad cubana en la raíz de su constitución económica, social y política, viene fatal e ineluctablemente reduciendo las grandes masas del pueblo cubano a la miseria. En efecto, los economistas de todos los tiempos y de todas las escuelas han reconocido, sin excepción, que la actividad productora por excelencia, la actividad creadora de riqueza verdaderamente tal, desde el punto de vista colectivo, es la agricultura, siguiéndole a distancia la selvicultura, la pesca y la minería, y mucho más lejos la industria y el comercio. He aquí por qué mientras más dividido y distribuido entre la población está el suelo, mayores posibilidades de bienestar general. El latifundio, al arrebatar la tierra de manos del cultivador cubano, le arranca el más eficaz medio, acaso el único eficaz medio de bienestar de que dispone. El poder colectivo cubano de crear riqueza, de producir, de multiplicar los bienes va desapareciendo rápidamente. El cubano capitalista ha de vivir de la renta o del capital acumulado, gastándolo poco a poco, y el cubano pobre,

del jornal diario, sin aspirar jamás a poseer nada, cuando más una casita en algún reparto pobre de las afueras de los pueblos. Es inevitable, por lo tanto, el estancamiento, primero, en el proceso de multiplicación de la riqueza en manos cubanas, que ya se observa, y en una forzosa e inevitable reducción de esta misma riqueza, después, en mayor proporción cada día. Como un manantial cuya frente se seca o cuya corriente se desvía, el poder cubano de crear riqueza, atacado y destruido en su raíz, se extingue poco a poco y cuando se gaste el último centavo de la venta de las tierras, el nativo estará llamado a ser, como ya lo está siendo, un miserable en el país donde sus abuelos fueron los amos de vegas, potreros, ingenios, cafetales y estancias, engullidos por miles y miles en las fauces insaciables del latifundio.

* * *

El sistema de colonato en tierras de la Compañía latifundiaría no puede evitar el aniquilamiento de la clase agricultora cubana, porque es un sencillo expediente de explotación implacable. Hemos demostrado que la compra de tierra por los ingenios no ha respondido a otra necesidad que a la de reducir o acabar con la competencia entre las fábricas para la obtención de la materia prima, la caña, y limitar la ganancia del cultivador, entregándole menos arrobas de azúcar por cada cien arrobas de caña. El colono dependiente del ingenio no puede sino aceptar las condiciones que el ingenio le fija o abandonar la colonia; no tiene otra alternativa. ¿Y qué condiciones le fijan las Compañías latifundiarías? Co-

nociendo exactamente el costo de producción, las Compañías imponen a los colonos condiciones en virtud de las cuales sólo les queda a éstos la posibilidad, trabajando con gran vigilancia y economía, de un estrechísimo margen de ganancia. Los negocios son los negocios, y sería absurdo o tonto, y de ello tendrían que dar cuenta los directores de las Compañías anónimas a los accionistas, que, sabiendo que el colono con cuatro arrobas y media cubre los gastos, la Compañía le fuese a conceder cinco, suprimiendo media arroba de la cuenta de ganancias de la Compañía para trasladarla al haber del colono. Cada Compañía fija, calculándolas al centavo, las condiciones que ha de imponer al cultivador para que éste continúe sembrando caña, sin que las ganancias de la fábrica se reduzcan en un solo peso más allá de lo indispensable. Como todos los riesgos corren de cuenta del colono—sequías, incendios, caña quedada, restricción de la zafra, baja del precio más allá del nivel que la Compañía tuvo en cuenta al fijar las condiciones del contrato, etc.—, el sistema de colonato es ideal para los ingenios, que no pierden nunca. El colono, sometido a esta servidumbre económica, no tiene más que una esperanza: la subida imprevista del precio. Esta subida, introduciendo en el negocio durante el año un factor nuevo, puede dejar alguna ganancia al cultivador. No obstante, las condiciones en que trabajan los colonos son tan estrechas y desventajosas, que casi todos tienen deudas con la Compañía; de manera que las ganancias inesperadas de las subidas repentinas del precio sirven sólo para reducir los créditos de los colonos y hacerles alentar una esperanza de liberación y de ganancia que les induce a continuar el nego-

cio desventajosisimo en que se hallan comprometidos. El sistema de colonato actual es un diabólico invento. Contra él, los colonos no tienen más que dos armas posibles: la asociación, el gremio, para obtener condiciones menos onerosas, hasta el día en que la Compañía pueda prescindir de ellos y siembre la caña por administración, o la intervención del Estado para fijar por la ley una distribución más equitativa de las ganancias de la industria. Las dos son de un uso peligroso y de dudosa eficacia. Dentro del latifundio no hay esperanza.

* * *

Aniquilando la pequeña propiedad y echando a los cultivadores fuera del feudo que posee, o reteniéndolos dentro de éste para explotarlos convirtiéndolos en colonos dependientes, el latifundio va reduciendo progresiva y fatalmente los medios de vida de la clase agricultora cubana, sumiéndola en la pobreza y provocando su inevitable decadencia física, intelectual y moral.

En las zonas donde impera, va creando una sociedad tan sencilla como la de Barbados: altos y bajos empleados de las Compañías, jornaleros que devengan un corto salario al día, pagadero semanalmente. No hay espacio ni oportunidad para más. Nadie, en las zonas latifundiarias, puede poseer nada, ni crear un hogar permanente para sus hijos. Pero, además, los empleados y jornaleros sólo tienen trabajo un corto número de meses, de tres a cuatro al año. Terminada la mollienda quedan inactivos, porque en los grandes latifundios azucareros no hay sitiería, no hay otras ocupaciones que las de la caña; los pequeños cultivos no exis-

ten, como no existen tampoco pequeñas industrias rurales de ninguna clase. Los brazos que quedan ociosos entonces han de dirigirse a otras zonas de la República, cada día más reducidas y pobres, en busca de problemático empleo hasta que empiece la zafra del año siguiente.

Y así vamos tirando, de año en año, mientras el latifundio continúa su avance, en medio de las angustias de un pueblo que siente más agudamente cada día la mordedura de sus males, pero que aún ignora la verdadera causa de los mismos.

XII

EL VASALLAJE PROGRESIVO DEL CULTIVADOR INDEPENDIENTE Y LA ESCASEZ DE TIERRAS

El éxodo rural constituye una crítica silenciosa, pero bien claramente perceptible, de la posición de toda una clase de trabajadores, que aparte de su escaso bienestar económico, no sólo renuncian a toda mejora esencial de su vida, sino que se saben separados por completo de toda esperanza, pudiendo difícilmente superar la sensación de esclavitud y hallándose con frecuencia privados del derecho esencial de coalición para defensa de sus intereses de clase.

(FERDINAND TONNIES: *Desarrollo de la cuestión social*. Edit. "Labor".)

La acción nociva del latifundio azucarero sobre los cultivadores no se reduce al doble proceso que hemos señalado en el capítulo anterior, de desarraigar a unos del suelo mediante la compra de tierras en grande escala, llevándolos a engrosar el proletariado de los cen-

tros urbanos, y de explotar a otros gracias al sistema de colonato dependiente; su influencia nefasta se hace sentir igualmente, con intensidad mayor cada día, sobre toda la clase agricultora, ora la que continúa en tierra propia en las zonas latifundiarias, ora la que trabaja en regiones distantes.

Ya hemos demostrado que la Compañía azucarera latifundiaria, no invierte enormes sumas en adquirir tierras por el mero deseo de erigirse en gran empresa terrateniente, sino por la necesidad de suprimir la competencia con otro central y asegurarse la provisión de caña indispensable, sin tener que disputársela en un mercado libre de colonos o cultivadores independientes, aumentando la cantidad de azúcar a entregar por cada cien arrobas de caña. El central no invierte más capital en tierras, comúnmente, que el requerido para el logro del fin indicado. Cuando ya tiene asegurado el abasto de caña suficiente, la tierra *no le interesa*. De aquí que en la compra de tierras para la constitución de un latifundio azucarero se distinguen dos períodos: uno inicial, en el cual, pagando el precio que sea menester, aunque resulte muy alto, la Compañía se asegura un mínimo de caballerías bastante para garantizar la existencia del ingenio; otro posterior, en el que la Compañía, manifestando un cierto desdén por las tierras que se le ofrecen, las cuales, según la expresión corriente, *no le interesan*, las obtiene, cuando se decide a adquirirlas, a un precio bajo. En el primer período, los propietarios de las tierras ambicionadas por la Empresa latifundiaria difícilmente resisten las tentadoras y ventajosas ofertas que se les dirigen; en el segundo, los que se mostraron renuentes a vender, pensando en el

aumento del valor de sus tierras, se encuentran con que, perdida la oportunidad, se hallan tan sometidos al central como los colonos que trabajan en terrenos de la Compañía, resultando depreciadas sus fincas, tanto en venta como en renta. La causa es bien clara. Una vez que la Compañía latifundiaría posee el mínimo de tierras calculado, la necesidad de la compra de caña al colono libre desaparece, o disminuye muy considerablemente, y entonces aprovecha la ocasión para rebajar la cantidad de azúcar por cada cien arrobas de caña que entrega a dicho colono independiente, colocándolo en las mismas condiciones que al que trabaja en tierras del ingenio. Comoquiera que los grandes latifundios tienen sus redes ferroviarias propias, y éstas excluyen el ferrocarril público de las zonas que dominan, sustrayéndole toda la carga que podría ser un incentivo para la construcción de nuevas líneas y ramales públicos, y como, por otra parte, las grandes organizaciones o *trusts* de Compañías azucareras se han distribuido el territorio nacional, suprimiendo la competencia entre sí, el propietario de una finca enclavada dentro de la zona de influencia de un latifundio se encuentra con que no tiene sino un solo posible comprador para su caña: la Compañía, que ha extendido sus tentáculos en varios kilómetros a la redonda. No han sido pocos los propietarios que, encontrándose en este caso y no sintiéndose dispuestos a aceptar las onerosas condiciones del colono dependiente, han acudido al expediente extremo, la venta de su propiedad, hallándose con que ya a la Compañía *no le interesaba*. En tal caso, ha tenido que aceptar precios muy bajos, si al fin la Compañía se ha allanado a comprarle, o resignarse a sembrar caña

en condiciones tan desventajosas como las de los colonos del central. De esta manera, el latifundio va extendiendo su dominación en las zonas donde impera, concluyendo por suprimir toda propiedad rústica individual, o manteniendo la pequeña proporción que subsiste en una condición de sumisión absoluta. Es más: estos colonos independientes acaban por hallarse en peor situación que los otros, sobre todo si no tienen deudas con la Compañía, porque entonces la caña que cultivan constituye una reserva, que se utiliza o no, según el caso, sin pérdida ni riesgo para el central. ¿Hay exceso de caña por cualquier motivo, hay restricciones de zafra, etc.? Pues el colono independiente ve cómo su fruto se queda en el campo, ya que, como es natural y lógico, la Compañía muele primero la caña propia, cultivada en sus tierras. Toda propiedad rústica situada dentro de un gran latifundio acaba, pues, por ser dominada, sin necesidad de ser comprada por la Empresa latifundiaría, y el colono independiente, en tales casos, resultará fatalmente tan sometido como el otro. Sólo un medio de transporte fácil y económico puesto a su alcance le podría permitir, en algunas ocasiones, romper el círculo de hierro con que el latifundio le estrecha. Esto explica por qué es tan difícil resistirse a la venta de las tierras, cuando una Empresa latifundiaría, con capital suficiente, quiere establecerse en una zona. Los propietarios saben que si no aprovechan el primer momento, su propiedad, en un territorio ya dominado, quedará depreciada y sometida a un vasallaje económico desastroso. Aislada e individualmente, el propietario rural no puede resistir a la Compañía latifundiaría. Si el Estado no acu-

de a socorrerle y defenderle, para él no hay salvación.

* * *

Si en las zonas donde impera el latifundio convierte, sin invertir un solo centavo en comprarlas, en feudatarias a las propiedades que no pasan a sus manos, ejerciendo un imperio económico incontrastable sobre ellas, a distancia influye también de manera muy desfavorable sobre el cultivador de los distritos donde todavía no ha penetrado. El cultivador de más carácter y ambición, el que gusta de trabajar libremente, por su cuenta, como arrendatario, si no tiene tierra propia; el que vacila en trasplantar su familia para una reducida casita del batey del central o del pueblo, abandonando la vaca lechera, las crías domésticas y el cultivo de algunas viandas cerca de la casa, con lo cual aseguraba los elementos fundamentales para sustento de su mujer y sus hijos; el que, en una palabra, quiere ser un hombre libre en su tierra y mantener su familia en las condiciones que considera económica y moralmente más ventajosas, se encuentra con que la pequeña y la mediana propiedad desapareciendo o reculando y retirándose a los lugares más apartados, aislados y menos fértiles, por el crecimiento invasor del latifundio, escasean de día y día y aumentan el precio de la renta, y observa que, como ocurre con las propiedades urbanas de ciertas zonas comerciales en época de abundancia, no puede obtenerse en arrendamiento una finquita, cuando se obtiene, si queda vacante, a menos de ofrecer una regalía, muy considerable a veces, hecho desconocido anti-

guamente en el campo. La escasez de sitios de labor —en ciertas zonas de la provincia habanera es ya extrema—, la necesidad de ofrecer regalías para obtener un *sitio* donde trabajar, y el aumento constante de la renta de las pequeñas propiedades, están pesando terriblemente sobre los cultivadores, en virtud de la extensión más y más grande de los latifundios. No hay casi un solo arrendatario de pequeñas y medianas propiedades rústicas que pueda cubrir los gastos, pagando rentas enormes, no obteniendo dinero o refacción sino a un altísimo interés y no disponiendo de organización adecuada para la venta de sus cosechas. El latifundio va asfixiando poco a poco a toda la clase cultivadora independiente, la va arruinando y empobreciendo, rebajando su nivel de vida, creándole condiciones insostenibles de existencia. En tal virtud es un agente formidable de depauperación y de urbanismo, aun en los lugares donde no ha penetrado, pero hasta los cuales llega su acción perturbadora de toda la economía rural. Y como, según se sabe, la agricultura es la actividad económica creadora de riqueza por excelencia, la fuente de vida del cultivador cubano se agota en todo el territorio nacional. Su pobreza disminuye, al propio tiempo, proporcionalmente, su poder adquisitivo, y la industria y el comercio de Cuba, atacados y batidos en brecha, como veremos, por el latifundio, se resienten y languidecen, como si una anemia profunda de todo el organismo social destruyera todas las manifestaciones de la vitalidad de la nación. Es que, desdichadamente, el latifundio, en la economía de la República, viene produciendo el efecto destructivo del cáncer en el organismo humano: destruye la vitalidad de las células y los

tejidos donde se implanta, y segrega virus que, a distancia, alteran y perturban todas las funciones de los órganos, de cuya actividad fisiológica normal dependen la salud y la vida.

XIII

LA DECADENCIA DEL COMERCIO Y LA LIMITACION DEL DESARROLLO INDUSTRIAL

Si se hiciese un balance riguroso se hallaría que casi todo nuestro comercio se halla prácticamente en quiebra. (Opinión corriente sobre nuestra situación comercial en la actualidad.)

Los males de orden económico y social que el latifundio azucarero ha producido en las Antillas inglesas y está produciendo actualmente en Cuba afectan, en primer término, de una manera inmediata y directa, a la clase agricultora independiente, sustituida en aquellas islas por una población "de color" en estado de completa indefensión, cuyo trabajo se retribuye con jornales mínimos, y sometida en nuestro país a un proceso de proletarización y de empobrecimiento que, si no se contiene y se remedia, la llevará a la misma situación de inferioridad económica, social y política, porque las mismas causas operando en las mismas condiciones producen en todas partes los mismos efectos. Pero

las funestas consecuencias del régimen latifundiarío se extienden, a la larga, mucho más allá de la clase agricultora. Alcanzan a toda la comunidad, porque, siendo ésta un todo orgánico, cuyos diversos elementos son solidarios, lo que ataca y destruye una de sus partes vitales, necesaria y fatalmente daña y quebranta al cuerpo social en su conjunto. Así estamos viendo cómo el latifundio azucarero va creando una situación cada día más difícil al comercio, a la industria y al ferrocarril público, a los cuales ha causado graves quebrantos, deteniendo su desarrollo y amenazándolos con restringir cada día más su campo de acción, con enorme perjuicio para la colectividad.

De dos maneras distintas afecta el latifundio azucarero al comercio, a la industria y a las grandes empresas de transporte ferroviario. De un modo general, al empobrecer la clase agricultora y rebajar su nivel de vida, reduce la capacidad adquisitiva del 50 por 100 de la población y disminuye en proporción enorme y creciente el volumen de los negocios del comercio y de la industria cubanos y, como es consiguiente, el de mercancías y pasaje a transportar por el ferrocarril. Para un comercio y una industria como los nuestros, que, con excepción de tabacos y cigarros, tienen todo su mercado y su negocio en Cuba, reducir la capacidad adquisitiva de la población es provocar directamente la ruina de los mismos. Piénsese, por un momento, en la insignificante cantidad de productos elaborados en el país que consumen los millares de braceros haitianos y jamaíquinos empleados en los ingenios, en las ganancias mínimas, si es que le proporcionan algunas, que de ellos obtiene el comercio; medítese sobre la extensión

y perfección del régimen latifundiarío—su perfección ideal, nadie se atreverá a negarlo, es el caso de Barbados: mano de obra de precio ínfimo, que lleva el costo de producción del azúcar al límite más bajo—, y se comprenderá si en pleno triunfo del latifundio podrían subsistir el comercio y la industria actuales. En los Estados Unidos se ha asegurado el crecimiento asombroso del comercio y de la industria, aumentando sin cesar, con una escala progresiva de salarios y de ingresos, la capacidad de consumo de las clases obreras y trabajadoras, que son la inmensa mayoría en todas partes del mundo. En Cuba, empobreciendo a la clase agricultora y depreciando el salario con la importación de braceros antillanos, el latifundio azucarero reduce de día en día la capacidad de consumo de la clase pobre en general, determinando el paulatino estancamiento de las actividades mercantiles e industriales. Y como a menos comercio, menos industria y menos transporte, hay también menos trabajo en todos esos sectores, la situación de las clases que dependen de un salario se agrava, creándose un círculo vicioso en el cual venimos girando desde hace varios años. Puede ser, es sin duda, el negocio de las Compañías azucareras rebajar más y más cada día el costo de producción del azúcar, lo cual no puede obtenerse dentro del sistema actual sino a expensas del colono y del trabajador; pero semejante empeño no sólo es destructivo de estos dos pilares fundamentales de la nacionalidad cubana, sino totalmente ruinoso para el comercio, la industria y las empresas de transporte, cuya prosperidad depende de un país poblado por pequeños propietarios y obreros, con la capacidad adquisitiva más alta que sea posible. El comer-

cio de nuestras ciudades de mayor pujanza mercantil, Cárdenas, Cienfuegos, Matanzas, Sagua, así como el de la Habana, radicado en la calle de Muralla y otros sectores de la capital, viene, desde hace años, sufriendo una lenta e irremediable decadencia en todos los giros destinados a aprovisionar lo que llamamos *el campo*, porque, a pesar del aumento constante de la población, la capacidad de consumo de ésta disminuye paulatinamente, especialmente en las zonas donde el latifundio hace sentir con mayor fuerza su poderoso imperio. No es necesario profetizar, porque se trata de hechos que se están produciendo a la vista del más mediano observador, que, en la misma proporción en que el latifundio vaya dominando económica y socialmente al país, disminuirán paralelamente las actividades comerciales e industriales, acentuándose la formación de la colonia de plantaciones, sin otra fuente de actividad y de vida que la industria azucarera, con las consecuencias finales que se han palpado en las Antillas inglesas: la decadencia irremediable de Cuba, hecho que es, como ha escrito Mr. Harlow, el dominante de la historia de estas desdichadas islas. Nuestros comerciantes y nuestros industriales pueden contemplar hoy la lenta caída de la clase agricultora de Cuba en un estado económico inferior, desposeída poco a poco de la tierra y privada del principal medio de crear riqueza, como en el caso de una inundación los habitantes de los lugares más altos ven hundirse en las aguas a los hombres de la llanura; pero la marea creciente del latifundio, entregada a sí misma, sigue un ciclo fatal de evolución y destruye—la historia de veinte prósperas islas antillanas así lo enseña—todo lo que se opone a la realización de su fin

último: producir con el menor costo un artículo, de primera necesidad o de lujo, para un mercado distante, con fines de lucro mercantil, aunque para satisfacer tal empeño se arruine, a la larga, económica, social y políticamente, el país productor.

* * *

Pero el latifundio azucarero ataca vigorosamente, por su propia naturaleza, al comercio, a la industria y a las empresas ferroviarias de transporte, no sólo de la manera general que dejamos indicada, sino de un modo particular y directo, que trataremos de puntualizar con tanta concisión y claridad como nos sea posible.

Al comercio lo afecta directamente en estas dos formas: echando a lo que pudiéramos llamar el comercio libre de sus dominios y colocando a los colonos y cultivadores en condiciones tales, que el comercio no puede tratar con ellos en las formas usuales establecidas en Cuba, sin exponerse a la pérdida total de sus créditos. En efecto, el ingenio antiguo, no ya el pequeño de la primera mitad del siglo pasado, el central posterior al año 1880, era por sí y por los colonos cuyas cañas molía el mejor cliente del comerciante. Abasteciendo a los hacendados y a los grandes colonos de los efectos que necesitaban, se desarrollaron las fuertes y poderosas casas importadoras de la Habana, Matanzas, Cárdenas, Cienfuegos, Sagua, etc., y llenando igual necesidad respecto del pequeño cultivador, vivieron las sólidas y acreditadas tiendas de ropa, de víveres y de ferretería de los pueblos. El ingenio no disponía de capital suficiente para asumir el control comercial en su zona, y, ade-

más, el colono independiente se refaccionaba por su cuenta, libremente, donde y como quería; sin contar con que las tierras del ingenio eran pocas y no podían evitar la vecindad de establecimientos mercantiles de toda clase, situados en casa propia, de las cuales no había posibilidad de echarlos. El gran latifundio azucarero de nuestros días posee capital en abundancia, no sólo para no necesitar de los servicios del comercio, tanto del gran comercio importador de las ciudades como del pequeño de los pueblos y los campos, sino para someterlos a su dominio y obligarlos a tributarle una parte de sus ganancias. Del gran comercio han prescindido, porque en verdad no lo necesitan, nuestras grandes Compañías azucareras con oficina en Nueva York o en la Habana, dada la organización de sus negocios. Los pedidos se hacen por teléfono o por cable a los Estados Unidos, excepto cuando se trata de pequeñas compras de gran urgencia, habiendo sustituido el industrial o el comerciante de dicho país al almacenista de Cienfuegos, de Cárdenas o de la Habana. No discutimos las ventajas que ello representa para las Compañías; sencillamente señalamos que el procedimiento sustrae todo el negocio de los ingenios de la esfera de acción del comercio radicado en el país, disminuyendo el capital empleado en el mismo y la cantidad de trabajo que proporcionaba a miles de dependientes y obreros. Además, la Compañía latifundia-ria crea el departamento comercial y la farmacia, con privilegio exclusivo dentro de las tierras que domina, bien como un negocio de la Compañía, bien de alguna persona o entidad a la cual se otorga una concesión al efecto, mediante el pago de una renta conven-

cional. El pequeño comercio es así, cuando existe en los latifundios, tributario de éstos, a los cuales ha de entregar una parte de sus ganancias. Quedan los colonos, tanto los dependientes como los nominalmente independientes, pero teniendo los centrales el derecho de primacía para el cobro de sus créditos y *la sartén por el mango*, como suele decirse, puesto que reciben y muelen la caña, el comerciante refaccionista está en segundo término, casi sin garantías, expuesto siempre a sufrir enormes pérdidas, ya que las estrechas condiciones en que trabajan los colonos obligan a éstos a vivir perpetuamente adeudados. Como consecuencia inevitable, a medida que el cultivador ha ido cayendo bajo el vasallaje del latifundio, perdiendo su libertad de contratación y su independencia económica, el comercio ha visto reducirse proporcionalmente el radio y el volumen de sus negocios y sus posibilidades de ganancia. El latifundio va acaparando, pues, todas las fuentes de riqueza y disponiendo de una potencia económica más formidable e irresistible cada día. El comerciante independiente, como el cultivador libre, es expulsado de las zonas donde domina, por un dinamismo tanto más temible cuanto que puede considerarse como inconsciente y en íntima e indisoluble relación con la naturaleza de la empresa latifundiaria. "Hoy por mí, mañana por ti—puede decirle el cultivador al comerciante—, a ambos nos reserva el latifundio la misma triste suerte."

XIV

ESTANCAMIENTO Y ENCARECIMIENTO DE LAS COMUNICACIONES FERROVIARIAS

*De cada región en las diversas provincias
grupos de vecinos piden que se construya
un puente, o un kilómetro de carretera, o un
camino vecinal, o que se drague un puerto
o se fabrique un muelle.*

(General GERARDO MACHADO: Discurso
pronunciado en Santiago de Cuba el 23 de
junio de 1926.)

El rápido desarrollo del latifundio azucarero en Cuba en lo que va de siglo ha producido ya y continúa efectuando en grande escala estos enormes cambios en nuestra organización económica y social, expuestos en capítulos anteriores: 1.º Concentración de la propiedad rústica en manos de un reducido número de poderosas Compañías, en contra del proceso histórico de apropiación y división de la tierra de la Isla entre los cultivadores nativos, fenómeno económico y social este último al que se debe la formación de la nacionalidad

cubana, atacada hoy en su cimiento más firme: la propiedad de la tierra en poder de una clase de agricultores cubanos. 2.º Sustitución de la clase social de colonos independientes formada después de la paz del Zanjón, por una clase de colonos dependientes, sometidos al vasallaje de la empresa latifundiaria. 3.º Destrucción en amplísima escala de la pequeña y la mediana propiedad. 4.º Reducción de la poca propiedad rústica que continúa existiendo en las zonas de latifundio, de una manera casi absoluta, a la condición de feudataria de los centrales. 5.º Creación de un proletariado rural y aumento del urbanismo. 6.º Depreciación del salario del obrero que trabaja en el campo—inferiorísimo al del obrero de los Estados Unidos—mediante la importación de braceros antillanos. 7.º Reducción de la capacidad adquisitiva de una gran proporción de la población rural cubana, y, como consecuencia, depresión de la actividad comercial e industrial de la República, más y más acentuada cada día. 8.º Fomento en gran escala de la tendencia al monocultivo y de la producción para la exportación en vez de para el consumo, con el consiguiente encarecimiento de la vida y la dependencia económica, más absoluta y estrecha de año en año, de Cuba a los mercados extranjeros. 9.º Restricción del campo de acción del comercio establecido en Cuba, tanto del gran comercio de importación y al por mayor, como del pequeño comercio, la situación de los cuales es más precaria y difícil cada día. 10. Restricción del desarrollo de los ferrocarriles de servicio público, contribuyendo, además, a mantener tarifas elevadas y un movimiento ferroviario menos intenso, con daño inmenso para el país.

La explanación de este último punto nos ocupará ahora, antes de pasar inmediatamente al estudio de las medidas que, a juicio nuestro, deben ponerse en práctica contra el ulterior desarrollo del latifundio, no contra la industria azucarera ni contra el capital extranjero, pues no somos adversarios de la una ni del otro, y sólo combatimos un régimen o sistema de explotación agraria que los hechos han demostrado, sin lugar a dudas de ningún género, que arruinará al pueblo cubano, provocará la decadencia de Cuba y destruirá nuestra nacionalidad, como ha arruinado, hecho decaer y reducido, quizá por siglos, a meras colonias de plantaciones, todas las demás Antillas.

* * *

El ferrocarril, ya lo hemos demostrado en precedentes capítulos, hizo posible el latifundio azucarero, proporcionando al central el medio de ampliar, casi ilimitadamente, su zona de aprovisionamiento de caña. El tiro por carretas, antes del desarrollo del transporte ferroviario rápido, seguro y económico, y de la invención del camión automóvil, no hubiera permitido la existencia de colosos azucareros como el "Delicias", el "Cunagua" o el "Morón". Sólo la vía férrea, y esto sigue siendo una verdad hoy día, después de cuatro lustros de extraordinario progreso de la industria automovilística, pudo dar y dió fuerza y pujanza al central para extenderse muchos kilómetros a la redonda. Además, el ferrocarril permitió al central situarse en el interior de la Isla, a distancia de las costas y los puertos de embarque. Una ojeada sobre un mapa de

Cuba, con la situación de los ingenios, pone inmediatamente a la vista del observador la influencia ejercida por el ferrocarril sobre el desarrollo y la ubicación de éstos.

Pero el ferrocarril público, al darle expansión sin límites a las zonas de abastecimiento de los centrales, los llevó a competir unos con otros, obligándolos a mejorar sus ofertas a los colonos, extremo que ya hemos puntualizado antes. En las provincias de Habana, Matanzas y Santa Clara, los centrales se disputaban la posesión de *chuchos* o embarcaderos de caña en las zonas cañeras, a lo largo de las vías férreas. Para los colonos, la existencia de un solo *chucho* en el lugar de embarque, significaba la sumisión a un solo ingenio; la de dos o tres era señal de competencia, de más arrobas de azúcar por cada cien arrobas de caña. El ferrocarril público, factor de crecimiento de los centrales y de la erección de éstos junto a las paralelas, fué un instrumento de defensa de los cultivadores. Advertido este hecho, las Compañías latifundiarias se han situado de preferencia cerca de las costas, en lugares donde no existían ferrocarriles públicos, y han invertido tan fuertes capitales en poseer su red ferroviaria propia como en adquirir tierras. Con la propiedad de la tierra y el dominio de las comunicaciones, se han colocado en condiciones de ejercer un señorío absoluto. La tierra que no han comprado, ha quedado sin otra comunicación que la del central, a merced de éste. En cuanto a los centrales que nacieron al amparo o a la sombra del ferrocarril, tanto del de Cuba como del Norte u otros, han procurado independizarse, invirtiendo en el logro de esta finalidad tanto capital como

ha sido preciso. La legislación sobre ferrocarriles de uso privado de tiempos de Wood, mantenida por la República, y la concesión de los llamados subpuertos, han brindado facilidades extraordinarias al latifundio azucarero para construir su red de comunicaciones propias.

Este empeño de la Compañía latifundiaria ha sido considerado como legítimo y ha sido apoyado por la opinión pública y por los Gobiernos, porque se estimaba que conducía a dos finalidades útiles para la industria azucarera: primera, abaratar el costo de producción reduciendo los gastos de transporte, y segunda, evitar los abusos de las Compañías ferroviarias. Con la atención fija en estos dos extremos se ha perdido de vista, durante veinte años, que el ferrocarril público era el principal y casi único medio de defensa del colono independiente. Donde no existe, impera sin contraste el feudalismo azucarero. Las facilidades de nuestra legislación sobre ferrocarriles de uso privado han permitido a las Compañías azucareras, no sólo reducir el número de arrobas de azúcar a los colonos, eliminando la competencia entre las fábricas, sino subyugar a la propiedad privada de la zona, desprovista de otro medio de transporte. Ha sido un instrumento de dominación formidable en manos de las Compañías latifundiarias.

Pero, aparte de esto, el latifundio azucarero, en oposición al ferrocarril público, que le dió vida, ha ejercido y ejercerá en proporción creciente, si no se le contiene, una influencia desastrosa sobre las comunicaciones ferroviarias de la República. En primer lugar, al acaparar enormes extensiones de tierra en determi-

nadas regiones, y asegurar el transporte de la caña, el azúcar, la maquinaria del ingenio, las mercancías de todo género importadas por éste, los trabajadores y los empleados, etc., por un ferrocarril privado, ha destruído la posibilidad de la existencia en esas zonas del ferrocarril público, porque éste no tendría en ellas el volumen de carga y de pasaje necesario para cubrir los gastos. Por lo tanto, las ha dejado enteramente a merced de la empresa latifundiaria, que, dueña de las comunicaciones, les ha impuesto su yugo. El ferrocarril público, asegurando la libertad y la facilidad de comunicaciones al propietario y al cultivador, no sólo hubiera determinado el aumento del valor de la propiedad y la libertad de contratación, por lo menos en una esfera de acción más amplia, haciendo posible la competencia entre los ingenios, sino habría creado la posibilidad de dedicar algunas tierras a otros cultivos, además de la caña, cosa imposible en las zonas de latifundio, sin otro medio de transporte que el ferrocarril del central. El ferrocarril de uso público no ha podido, pues, acudir en auxilio de la propiedad rústica, en completo estado de indefensión en las regiones latifundias, y ha sido excluído de ellas, quizá a perpetuidad, perfeccionándose la organización feudal del latifundio. Como consecuencia, Cuba, después de la construcción del Ferrocarril Central, a principios del siglo, no ha visto desarrollarse sus ferrocarriles públicos en la amplitud debida. Una sola vía importante, la del Ferrocarril del Norte, se ha agregado en veinte años a las existentes, y la lucha del coronel Tarafa con los azucareros está bien fresca en la memoria de todos.

La detención o, por lo menos, la lentitud del creci-

miento del ferrocarril público, no ha sido el único daño que ha sufrido el país. Las Compañías ferroviarias existentes, privadas del transporte de un inmenso volumen de carga y de pasajeros, que ha derivado hacia los ferrocarriles privados de las Compañías latifundiarías, han tenido que vivir del resto del país, manteniendo tarifas altas y corriendo los trenes de carga con menos frecuencia. Siendo aproximadamente los mismos los gastos generales de las empresas, con mucha más carga a transportar podrían, con tarifas mucho más reducidas, obtener iguales o mayores dividendos. Y circulando con más frecuencia los trenes de carga, se aseguraría el transporte rápido y económico de los artículos de consumo producto de la industria nacional, creándose facilidades que hoy no existen para el cultivo y la venta de los frutos. Si el latifundio continúa extendiéndose y perfeccionando su sistema privado y exclusivo de comunicaciones, instrumento de expoliación del cultivador y de dominación de la propiedad rústica, la red de vías férreas de servicio público llegará a paralizar totalmente su crecimiento y prestará un servicio cada vez más lento y más caro, obligada a vivir de una parte del país más empobrecida cada vez. Si el latifundio ha atacado a la sociedad cubana, destruyendo a la propiedad rústica y al cultivador independiente, células del organismo social que constituyen el elemento vital básico del mismo, ha ejercido, está ejerciendo y ejercerá en mayores proporciones aún una influencia nociva y destructora sobre el sistema circulatorio de la comunidad, representado esencialmente por la vía férrea pública. Y si el vigor de un organismo se mide por el estado de sus arterias, el de la comunidad cuba-

na se halla tan gravemente amenazado por este lado como por los otros que hemos ido señalando en esta serie de capítulos, escrita pensando en Cuba y en defensa de Cuba.

APENDICE NUM. 1.

Reseña histórica sobre el origen y desarrollo de la industria azucarera en Cuba.

(Trabajo escrito por iniciativa y encargo de la Asociación de Hacendados y Colonos de Cuba) (1).

I.—NACIMIENTO DE LA INDUSTRIA AZUCARERA A FINES DEL SIGLO XVI.

La industria azucarera comenzó a desarrollarse en Cuba en la última década del siglo xvi. La caña de azúcar, cultivada en la India y en la Arabia desde la más remota antigüedad, se encontraba ya en el siglo xii en Asia Menor, Egipto y Trípoli. En el siglo xiii era conocida en Candía y otras islas del Mediterráneo. En España los árabes la introdujeron en Valencia y Granada, de donde no tardó en pasar a las Canarias, Cabo Verde y Madera, islas en las cuales se cultivaba en la época del descubrimiento de América. Colón la llevó a las Indias en su segundo viaje, quedando introducida en Santo Domingo desde 1493. Esta caña era la que se llamó más tarde *caña criolla o de la tierra*. La primera fábrica de azúcar del Nuevo Mundo, el primer *ingenio*, se fomentó en la ya mencionada isla de Santo Domingo, antes de 1516. En Cuba la

(1) Este trabajo fué escrito en 1924, por el autor, a solicitud de la A. de H. y C. de Cuba. Se publica con la autorización y beneplácito de la misma.

caña fué introducida durante el mando de su primer gobernador, Diego Velázquez (1511-1524). A partir de esta fecha se cultivó en la Isla, fabricándose miel o *melado* y quizás algún azúcar con destino al consumo de los vecinos, pero sin que llegase a fomentarse ningún ingenio a causa de lo escaso de la población y la falta de capitales, de protección oficial y de esclavos.

El agotamiento de los lavaderos de oro en la Isla, la rápida disminución de los indios, la abolición de las encomiendas de éstos, la emigración de casi toda la población blanca a las colonias más ricas del Continente, y la reducción del escaso comercio que Cuba sostuvo con dichas colonias al comenzar a desarrollarse éstas, arruinaron y empobrecieron la Isla después de 1535 ó 1540. Los escasos habitantes, agrupados en las siete villas fundadas por Diego Velázquez, necesitaban adquirir de los mercados españoles o de los contrabandistas portugueses y franceses algunos artículos de primera necesidad que en la Isla no se producían, y a falta de oro—que ya no se encontraba—los pagaban con cueros secos, maderas y leña. La necesidad de contar con algún producto valioso exportable se hacía sentir con mayor fuerza a medida que la escasa población aumentaba algo; de aquí que todas las miradas se fijasen en la caña y en la posibilidad de fabricar y vender azúcar; artículo que, desde mediados del siglo xvi, era la principal fuente de vida de Santo Domingo. Los vecinos de la Habana, el único puerto de Cuba visitado, aunque muy de tarde en tarde, por las naves que hacían el tráfico entre España y los virreinos del Continente (Méjico, Perú, Nueva Granada), entendían que aun a los más acomodados les sería imposible emprender la construcción de ingenios, a menos que se les otorgaran las franquicias e inmunidades de que gozaban los de Santo Domingo, se les adelantasen de las áreas reales los dineros necesarios y se introdujesen esclavos en la Isla. Durante el último tercio del siglo xvi, las solicitudes de algunos vecinos en particular, del cabildo habanero y de los gobernadores, se multiplicaron en la Corte española, hasta ser, al fin y al cabo, coronadas por el éxito en la última década del siglo. Tres circunstancias concurrieron a favorecer el nacimiento de la industria azucarera cubana en la citada década. Fué la

primera el *asiento o licencia* que otorgó Felipe II, en 30 de enero de 1595, al portugués Gómez Reynel, para que pudiese introducir en las Indias 38.250 negros esclavos, en nueve años, a razón de 4.250 cada año. Cerca de cuatro mil de estos esclavos fueron vendidos en Cuba, el mayor número en el Municipio de la Habana. Los privilegios y las franquicias solicitadas por los vecinos también fueron obtenidos ese mismo año. En 30 de diciembre de 1595, el rey dictó una real cédula haciendo extensivas a Cuba las ventajas otorgadas a los dueños de ingenios de Santo Domingo, entre las cuales se contaba, como la más importante de todas, que no se pudiesen ejecutar por deudas las tierras de los ingenios, los esclavos, animales, máquinas, utensilios, etc., total ni parcialmente. Los primeros ingenios no tardaron en levantarse el mismo año de 1595, pertenecientes a Vicente Santa María, Alonso de Rojas y Antón Recio. Eran pequeños trapiches movidos a mano por bueyes, y elaboraban melado y una corta cantidad de azúcar de baja calidad. La tercera concesión no tardó en venir. El gobernador Maldonado Barnevo (1594-1603), cuyo hijo había obtenido del Ayuntamiento la merced de unos terrenos en Puentes Grandes para fomentar un ingenio, se mostraba muy interesado a favor de la industria, apoyando ante la Corte la demanda de que se facilitase un préstamo por la Hacienda a los que intentasen fabricar azúcar, solicitud a la cual hubo de acceder el rey, quien en 20 de julio de 1600 ordenó a los oficiales de la Hacienda de Méjico que enviasen a la Habana la cantidad de 40.000 ducados para que se prestasen por un término de ocho años a los vecinos. El préstamo debía hacerse por los oficiales de la Hacienda de la Habana bajo muy segura fianza, debiendo aplicarse a fundar y beneficiar ingenios. La señorita J. A. Wright, cuyas investigaciones en el archivo de Indias de Sevilla han arrojado mucha luz sobre estos asuntos, menciona una lista de diecisiete propietarios de ingenios que recibieron cantidades más o menos considerables, de 300 ducados como mínimo a 4.400 como máximo, hipotecando como garantía el ingenio con todos sus enseres, esclavos, animales y hasta algunas propiedades más. Los ingenios eran tan pequeños que ninguno contaba con más de veintiséis esclavos; alguno sólo tenía dos. Las mejores *hormas o formas* de barro

para purgar el azúcar eran de procedencia portuguesa. Portugueses parecen haber sido también los primeros *maestros de azúcar* de la Isla.

2.—DESARROLLO DE LA INDUSTRIA AZUCARERA DESDE 1600 A 1790.

La industria azucarera, nacida en los últimos cinco años del siglo XVI, con el triple incentivo de la importación de esclavos, la concesión de importantes privilegios y el auxilio monetario de la Corona—ya se ha dicho que el dinero procedía de Méjico—, se desarrolló con mucha lentitud durante todo el siglo XVII y gran parte del XVIII. Cuba no tenía entonces comunicación exterior sino con el puerto de Sevilla, una vez al año. Por consiguiente, el azúcar sólo podía venderse para el consumo interior, muy escaso por la corta población, o con destino a la flota, que tocaba anualmente en el puerto de la Habana, y a bordo de la cual se remitía alguna cantidad de dulce a España. En 1740 la industria estaba tan decaída que casi todos los vecinos habían abandonado la fabricación de azúcar porque no cubría los gastos. El citado año se otorgó a una Sociedad mercantil, denominada Real Compañía de Comercio de la Habana, el monopolio de todas las importaciones y exportaciones de la Isla. Esta medida empeoró más aún la situación, constituyendo un obstáculo insuperable para el desarrollo de Cuba; pero en los primeros años de establecida la Compañía parece que hubo de dar alguna mayor actividad al comercio. Esta circunstancia, unida a la importación de varios miles de esclavos por la misma entidad mercantil, favoreció algo a la industria azucarera, de tal manera que veinte años más tarde la Compañía, en defensa de sus privilegios, alegaba que los ingenios, entre nuevos y renovados, eran ya más de ochenta. En 1760 en la jurisdicción de la Habana había unos 5,000 esclavos empleados en los trabajos de los ingenios. En Santiago de Cuba los ingenios llegaban a cincuenta y dos, pero con muy corto número de esclavos, tres o cuatro por ingenio, sin que ninguno tuviese más de veinticinco. Poco más o menos, la misma situación prevalecía en Puerto Príncipe, Sancti Spiritus y Trinidad. Como se ve, después de siglo y

medio los ingenios seguían empleando el mismo número de esclavos que en 1595, lo cual demuestra que continuaban siendo del mismo tipo. Las fábricas mayores de las cercanías de la Habana no hacían más de 6.000 panes de azúcar al año. La cantidad total de azúcar exportada antes de 1760 no pasaba de 30.000 arrobas al año.

En 1762 los ingleses atacaron y tomaron la Habana, ocupándola varios meses, hecho que influyó en el desarrollo económico de Cuba, y especialmente en el de la industria azucarera, de dos maneras distintas: durante los pocos meses del gobierno inglés se introdujeron en la Habana millares de esclavos—de 5.000 a 10.000, según diversas autoridades—a un precio menor del que había regido hasta entonces, y además se abarataron los utensilios usados en los diversos trabajos de los ingenios. La rendición de la Habana, por otra parte, determinó que el rey Carlos III y sus ministros apreciaran el valor que para España tenía la conservación de Cuba, colonia a la cual hasta entonces no se le había prestado casi ninguna atención. En tal virtud, vuelta ya la ciudad a poder de España, se trató de asegurar su conservación, aumentando el número de sus habitantes y desarrollando sus fuentes de riqueza. La supresión de la Real Compañía de Comercio, resuelta ya en 1760, antes de la guerra con Inglaterra, se hizo efectiva, librando al comercio y a la producción de un monopolio intolerable. Además, se dictaron otras medidas favorables, como fueron: 1.º La supresión del privilegio secular de Sevilla y Cádiz, abriéndose un comercio libre con los puertos de España, con derechos moderados. 2.º El establecimiento de un correo mensual entre Cuba y la metrópoli; y 3.º La concesión de diversos *asientos* para la introducción de esclavos. La abundancia de numerario, enviado en grandes cantidades desde Veracruz para el pago de las grandes obras de fortificación que se emprendieron a partir de 1763—la Cabaña, el Príncipe, etc.—y para cubrir el costo de los efectos remitidos a España, al establecerse mayores facilidades comerciales, favoreció también la industria azucarera. La moneda pertenecía a la llamada *plata macuquina*, que tenía un sobreprecio en la plaza de la Habana, razón por la cual se quedaba permanentemente en ésta, cubriéndose su importe con mercade-

rias. Agréguese que ninguna otra colonia española producía azúcar y que en España se gravó con fuertes derechos la importación de azúcar extranjero, y se tendrá una idea del conjunto de circunstancias que estimularon el desarrollo de la industria azucarera a partir de 1763. Esta creció sin interrupción hasta 1779, fecha en la cual la producción cubana suministraba a España casi todo el azúcar necesario para su consumo, cerca de 500.000 arrobas. El azúcar, desde 1748, se venía vendiendo a un precio casi constante de 18 reales arroba el blanco y 12 reales el quebrado.

En 1779 dos hechos afectaron muy desfavorablemente la producción. Fué el primero la recogida de la plata macuquina, dispuesta por el Gobierno, con una pérdida para los poseedores que fluctuó entre un 58 y un 60 por 100; el segundo, una nueva guerra entre España e Inglaterra. Durante esta lucha Cuba quedó casi incomunicada con España, se interrumpió la exportación regular de azúcares y se encarecieron los negros esclavos, los utensilios empleados en los ingenios y los artículos de importación. La situación no fué muy grave, no obstante, porque en la Habana se reunieron numerosos ejércitos y fuertes escuadras para operar contra los ingleses en Jamaica y la América del Norte. Para el sostenimiento de esas fuerzas se enviaron a la Habana sobre 35 millones de pesos, que fueron gastados en plaza, gran parte de ellos en ganado, azúcar, leña y frutos diversos del país, muchos de los cuales fueron suministrados por los hacendados a precios exorbitantes. Fué un período de *vacas gordas*, durante el cual corrió el dinero en cantidades fabulosas.

Otra ventaja grande consistió en el permiso, concedido por primera vez, para comerciar con los norteamericanos, en guerra entonces con Inglaterra para alcanzar su independencia.

El período de 1779 a 1785 fué muy desfavorable para los azucareros. Terminada la guerra con los ingleses y retiradas las tropas y las escuadras de la Habana, cesó el consumo y bajó automáticamente el precio de los productos del país, volviendo a ocupar el primer lugar la venta de azúcares. Los hacendados habían invertido fuertes sumas en ampliar y mejorar sus ingenios, esperanzados de que la paz traería de nuevo los buenos precios, pero entraron en juego factores adver-

sos que destruyeron sus cálculos. El dinero comenzó a escasear y a devengar un alto interés, se estableció un impuesto para pagar las deudas de la guerra (una peseta por arroba de azúcar) y empezó a existir un considerable sobrante para el cual no había compradores, pues España consumía por entonces unas 500.000 arrobas y Cuba producía de 600.000 a 800.000, restableciéndose la prohibición del comercio con los extranjeros, después de suprimido el permiso circunstancial para el tráfico norteamericano. El precio, en 1785, había descendido en cerca de cuatro reales por arroba. Esta baja, unida al impuesto mencionado más arriba y al alto encarecimiento de los esclavos, colocó en una situación muy difícil a los hacendados. El malestar se fué agravando en los tres o cuatro años siguientes. En 1789 en Cádiz había de 25 a 30.000 cajas de azúcar cubano, remitidas a los comerciantes del citado puerto desde la Habana en pago de cuentas pendientes, las cuales no encontraban compradores. En el citado año, el rey Carlos III dictó, en 28 de febrero, una Real Cédula autorizando la libre importación de esclavos. Esta disposición, estimulando la producción azucarera en los momentos en que ya el mercado español, único disponible, no podía absorber todo el azúcar cubano, hubiera podido ser contraproducente, pero un acontecimiento terrible e imprevisto creó de manera repentina un estado de cosas muy favorable para los hacendados cubanos.

La Revolución francesa había estallado en 1789. En los primeros momentos no se introdujo a causa de ello ningún cambio en la parte francesa de Santo Domingo, o sea en Haití, pero a mediados de 1791 la Asamblea Constituyente decretó la igualdad de derechos entre la población libre de color—negra y mestiza—y la población blanca. Los blancos protestaron e intentaron independizar de Francia a la colonia, mientras que los negros esclavos se sublevaron para conquistar su libertad, incendiando las fincas y dando muerte a sus amos. Haití era entonces el primer país productor de azúcar y café del mundo, y Francia la nación que proveía a Europa de ambos artículos, pues Jamaica y otras colonias inglesas producían poco y se hallaban en decadencia. Con una población blanca de 38 a 40.000 personas, con 28.000 habitantes de color libres y 452.000 esclavos, la parte francesa de la isla citada

contaba con 793 ingenios, 3.107 cafetales, 3.150 añilerías, 799 algodoneras, 69 cacaotales, 173 alambiques, 61 tejares, 313 hornos de cal y tres tenerías. En lo que al azúcar toca, su posición era única en el mercado, teniendo un lugar mucho más prominente que el que ocupa Cuba en la actualidad. Toda esta riqueza desapareció como por ensalmo de la noche a la mañana, reduciéndose a cifras insignificantes la producción azucarera, pues los ingenios que no fueron destruidos quedaron en poder de los sublevados y sustraído su azúcar, si alguno fabricaban, del mercado universal.

La desaparición repentina de todo el azúcar de Haití, quizás las tres cuartas partes del que entonces se producía en el mundo, produjo un salto enorme en los precios. El azúcar de Cuba, para el cual casi no había compradores, fué objeto de una viva demanda, pagándose a un precio doble del que venía corriendo, o sea con un *ciento por ciento* de aumento; el blanco a 30 y 32 reales arroba, y el quebrado a 24 reales. La catástrofe de Haití abrió una nueva era en la producción azucarera de Cuba.

3.—CUBA SUSTITUYE A HAITÍ COMO PRINCIPAL PAÍS PRODUCTOR DE AZÚCAR.

Cuando las primeras noticias de la catástrofe haitiana llegaron a España, en noviembre de 1791, coincidiendo con el alza brusca de los precios, se hallaba en Madrid, gestionando diversos asuntos de interés para el Ayuntamiento de la Habana, en su carácter de apoderado general del mismo, el joven abogado habanero don Francisco de Arango y Parreño. Arango y Parreño se dió cuenta en el acto de la importancia extraordinaria que tenía para Cuba la ruina de Haití, y concibió el audaz proyecto de aprovechar la oportunidad excepcional que se presentaba para promover el rápido desarrollo de nuestra producción, sustituyendo a Haití en el primer puesto que hasta entonces había ocupado como país productor de azúcar. Estimulado por el deseo ardiente de servir a su país, al siguiente día de recibida la noticia—20 de noviembre de 1791—dirigió una representación al rey Carlos IV llamándole la

atención sobre el asunto, y ofreciéndose para redactar rápidamente una exposición, indicando "los medios de dar a la agricultura de Cuba ventaja y preponderancia sobre la de los franceses". Aceptada su oferta por la Junta Superior de Estado, por cuyo conducto dirigió Arango su escrito al rey, dos días después recibió de la citada Junta una copia de la nueva Real Cédula sobre el libre comercio de esclavos, y el encargo de que redactase y presentase la exposición ofrecida. Arango procedió sin dilación a componerla, y el 24 de enero presentó su admirable trabajo a la Junta, titulándolo *Discurso sobre la agricultura de la Habana y los medios de fomentarla*, acompañado de un escrito en el cual rogaba que, a fin de evitar las demoras del expedienteo, puesto que urgía proceder con rapidez, no se sometiese su informe al dictamen de otros Cuerpos o entidades.

El *Discurso* de Arango y Parreño, no obstante la solicitud de éste, fué trasladado para informe al fiscal del Consejo de Indias, funcionario que, imbuído del espíritu de rutina del mencionado Consejo y desconocedor de las cuestiones planteadas por Arango, presentó una serie de reparos insustanciales, absurdos algunos de ellos, los cuales fueron refutados fácil y contundentemente por el ilustre patricio.

En su concienzudo trabajo, comenzaba Arango y Parreño por trazar una sucinta historia del estado de la producción cubana, y de los factores que habían creado hasta entonces dificultades casi insuperables para su desarrollo. En lo que a la industria azucarera concierne, estudiaba comparativamente la situación de Cuba con la de las colonias francesas, inglesas y portuguesas que producían azúcar, llegando a la conclusión de que nos aventajaban en varios extremos fundamentales, en razón de lo cual podían producir más y a precios más bajos que los hacendados cubanos. Dichos extremos eran: 1.º Los esclavos y los utensilios y enseres de los ingenios eran más baratos entre ellos que en Cuba. 2.º Los extranjeros gastaban menos en alimentar a sus esclavos y los obligaban a trabajar más. 3.º Tenían superiores conocimientos de agricultura y métodos de cultivo más perfectos. 4.º Los ingenios estaban mejor montados y trabajaban con mayor economía, extrayendo más jugo de la caña, ahorrando com-

bustible y produciendo el azúcar con mayor rapidez, porque, según Arango, tenían *trapiches* de hierro, *reverberos* para la cocción del *guarapo* y *estufas* para secar el azúcar, mientras que en Cuba los trapiches eran de madera, se cocía el guarapo en pailas al descubierto y el azúcar se secaba al sol. 5.º Los extranjeros disfrutaban de libertad comercial, mientras que el hacendado cubano no podía vender su azúcar sino en España. Los azúcares extranjeros, al ser importados en sus metrópolis respectivas, pagaban ciertos derechos, pero si se reexportaban para otros países, se devolvían los derechos al azucarero. Además, gozaban de franquicias especiales para el alcohol y el ron. El azúcar cubano, al ser importado en España, pagaba derechos también, pero aun cuando sólo estuviera de tránsito, porque su destino fuera otro país, los derechos pagados al Fisco no se devolvían. La venta directa de Cuba al extranjero ya se ha dicho que estaba prohibida. Agréguese que el alcohol y el ron devengaban fuertes derechos a su importación en España y que el Gobierno tenía *estancados* ambos productos y se comprenderá qué grandes trabas y gravámenes impedían al productor de Cuba competir con el de las colonias de Francia, Inglaterra y Portugal. 6.º Los aranceles de las naciones extranjeras se hallaban redactados, en lo que al azúcar toca, con la mira de alentar y favorecer la industria, mientras que los de España aparecían dominados por necesidades de orden fiscal. 7.º Los azucareros extranjeros disponían de dinero a bajo interés y se hallaban libres de la usura, a la par que los de Cuba eran víctimas de ésta.

En relación con los resultados de su estudio comparativo, Arango y Parreño propuso la adopción inmediata de una serie de medidas encaminadas a hacer desaparecer la situación de inferioridad en que nos encontrábamos. La importación libre de los esclavos acababa de obtenerla, pero recomendó con urgencia: 1.º, el envío de una Comisión a los países extranjeros para estudiar sus adelantos en la fabricación del azúcar y el cultivo de la caña; 2.º, la libertad para vender directamente al extranjero, después de cubiertas las necesidades del consumo en España; 3.º, la reducción de los derechos de importación en la Península; 4.º, el permiso para embarcar

azúcar en buques extranjeros de retorno, con la mira de abaratar los fletes, y 5.º, franquicias para el alcohol y el ron. Algunas de estas peticiones se hallaban en manifiesta contradicción con el sistema y las ideas dominantes en el Gobierno de Madrid y en el comercio español, y no fueron concedidas; otras, gracias a la robusta y convincente argumentación de Arango y Parreño, se resolvieron favorablemente, aunque no con la rapidez indicada por éste. Entre las solicitudes resueltas conforme a lo pedido, se contaron el envío de la Comisión de estudio al extranjero, algunas mejoras en los aranceles, la devolución de los derechos de entrada del azúcar reexportado de España, la supresión de los derechos al ron y al alcohol exportado a las colonias españolas de América y al extranjero y la autorización para exportar ron y alcohol directamente a cualquier puerto en buques extranjeros. Estas concesiones, unidas al precio, que seguía siendo muy alto, favorecieron la producción, cuyo aumento continuó sin cesar.

En 1793 estalló una guerra entre España y Francia. Las comunicaciones con la Península se interrumpieron y, en tal virtud, para que Cuba no pereciera y se arruinara, al Gobierno de Madrid no le quedó más remedio que tolerar el comercio de Cuba con las naciones neutrales, autorizado por el gobernante conde de Santa Clara, tanto el de importación como el de exportación, principalmente con Inglaterra y los Estados Unidos. Cuba pudo importar implementos para sus ingenios a más bajo precio, y dar más franca salida a sus azúcares, con gran ventaja para su producción.

La guerra con Francia terminó en 1795, pero en el año siguiente España se vió envuelta en otra lucha con Inglaterra. Dada la superioridad de la Marina militar inglesa sobre la española, la incomunicación entre Cuba y España fué mayor esta vez que durante la guerra con Francia, con la consecuencia forzosa e inevitable: la autorización del comercio con los neutrales, en este caso los Estados Unidos únicamente. Dicha autorización fué otorgada por la Corte en 18 de noviembre de 1797. Duró poco, pues en 27 de abril de 1799 una Real orden la derogó totalmente, restableciendo en toda su fuerza y vigor las antiguas leyes de Indias que regulaban el comercio, prohibiendo todo tráfico con los extranjeros aunque fue-

sen amigos o neutrales. Contra esta medida prohibitiva representaron enérgicamente los hacendados y todas las corporaciones de la Habana. Arango y Parreño presentó un dictamen a la Junta Económica de Agricultura, como síndico de la misma, explanando los inmensos e irreparables daños que la Real orden causaba a la industria de Cuba y los perjuicios que ocasionaría al Erario, al desaparecer el comercio y reducirse los derechos de aduana. En el informe de Arango queda de manifiesto que el azúcar era ya, antes de terminar el siglo XVIII, la base de toda la organización económica de Cuba, la fuente de vida casi única del país. "Cuba—dice Arango—no tiene otra alternativa que ésta: o perecer o poder vender su azúcar al extranjero, sin interrupción ninguna." "Por él—dice textualmente refiriéndose al comercio—ha de recibir todo lo que consume, y sin él no puede pagar el valor de estos consumos. Más claro: siguiendo el impulso de las leyes, pagan los habaneros toda su subsistencia con el azúcar que fabrican, y siempre que no lo extraigan, es preciso que no coman, que no vistan, que no continúen sus labores, ya que sus máquinas, sus demás utensilios y hasta sus mismos operarios les vienen por igual conducto." La Corte se mantuvo firme y la orden prohibiendo el comercio extranjero no fué derogada, pero el gobernador general, marqués de Someruelos, que arribó a Cuba el mismo año de 1799 con la misión de relevar al conde de Santa Clara y de hacer cumplir la prohibición, convencido tan pronto como llegó a la Habana de la indispensable necesidad de permitir la exportación de azúcar, asumió la responsabilidad de dejar en suspenso la Real orden de 20 de abril ya citada, siguiendo el precedente establecido por su antecesor en 1796, acogiendo al recurso, que llegó a ser famoso, de declarar: *se acata, pero no se cumple*.

La situación, muy insegura y peligrosa a causa de la actitud de la Corte española, asumió caracteres muy graves para los hacendados a pesar de lo dispuesto por Someruelos, porque los efectos de las guerras que asolaban a Europa por entonces, comenzaban a hacerse sentir con fuerza, perturbando el comercio y encareciendo extraordinariamente los fletes y los seguros. Esta crisis, latente para el azúcar cubano desde 1799,

se acentuó después de 1803 y llegó a su fase más aguda en 1808. España y Francia, aliadas, luchaban contra Inglaterra, que destruyó en Trafalgar (año de 1805) el poder marítimo de las dos aliadas, quedando dueña absoluta de los mares. Napoleón, pretendiendo arruinar a los ingleses, decretó el *bloqueo continental*, prohibiendo a todos los países de Europa, neutrales o no, el comercio con Inglaterra. Todo el tráfico mundial quedó profundamente perturbado. El precio del azúcar descendió en Cuba a un nivel más bajo que el costo de producción—ocho reales la arroba del blanco y cuatro la del quebrado—, viéndose muy comprometidos numerosos hacendados. Cuba no tenía más tráfico exterior que el que podía sostener con los norteamericanos burlando la vigilancia de los ingleses; pero éstos, ensobrecidos con sus triunfos e irritados con Norteamérica, que apartada de la guerra veía prosperar su comercio a costa del de los países beligerantes, inclusive la propia Inglaterra, comenzaron a registrar los buques norteamericanos en alta mar, a apoderarse de los marineros de nacionalidad inglesa que hallaban a bordo, a apresar dichos buques con cualquier motivo y ocasionarles otros daños y molestias. El Congreso de los Estados Unidos, en represalia, de acuerdo con el presidente Jefferson, decretó un *embargo* cerrando todos los puertos de la Unión al comercio extranjero, pensando obligar a Inglaterra y a Francia, necesitadas de artículos de primera necesidad de los Estados Unidos, a tratar a éstos con más respeto. Este *embargo* fué el golpe de gracia para el azúcar cubano. La venta de azúcares se paralizó casi por completo, todos los hacendados sufrieron enormes quebrantos, y más de cincuenta ingenios se arruinaron y desaparecieron. Arango y Parreño, el hombre hacia el cual se volvían todas las miradas en busca de consejo, no veía por esta época otra salvación que el cese del *embargo* y el restablecimiento del comercio libre con nuestros vecinos del Norte. El período de *vacas gordas* iniciado en 1791 y mantenido durante varios años, tuvo, pues, sus consiguientes *vacas flacas*, de 1803 a 1808.

En 1808 la situación cambió bruscamente. El pueblo de Madrid y de otros lugares de España se sublevó el 2 de mayo contra los franceses, y la Gran Bretaña, dueña de los mares,

pasó a ser, en el acto, aliada de España, en vez de enemiga. Los efectos del cambio se sintieron inmediatamente en Cuba. El mar quedó libre y se estableció un activo comercio con los nuevos aliados, sin contar con que los Estados Unidos, en vista de los daños inmensos que el *embargo* les ocasionaba, lo mantuvieron respecto de Inglaterra y Francia, pero lo dejaron sin efecto respecto de los demás países. El tráfico con Cuba se reanudó en seguida, porque aunque la Real orden de 20 de abril de 1799 prohibiendo el comercio extranjero seguía en vigor, y hasta fué reproducida gobernando Ruiz de Apodaca, en Cuba no se cumplía y el Gobierno que regía los destinos de España, envuelto en la lucha con Napoleón, no podía pensar en imponer por la fuerza la observancia de disposiciones ruinosas para los cubanos. Al fin, la fuerza incontrastable de las leyes económicas se impuso. Era evidente que Cuba no podía vivir sino de su azúcar, y que necesitaba venderlo libremente. Por otra parte, los intereses azucareros eran ya muy poderosos para que se dejaran dominar por los negociantes de la Península, interesados en conservar el monopolio que hasta entonces habían ejercido. Fernando VII, con una posición insegura en el trono, luchando contra las colonias de la América sublevadas, no podía provocar una catástrofe en Cuba, arruinándola y exasperando a las clases de mayor fuerza y arraigo en el país. La experiencia, además, había puesto de manifiesto que la libertad de comercio aumentaba enormemente las rentas del Gobierno en la Isla, descendiendo al mínimo cuando las restricciones se hacían efectivas y el tráfico extranjero se suprimía. En tal virtud, la penuria del tesoro vino a ser una razón más para librar a Cuba de la absurda prohibición de comerciar con el mundo, supervivencia de una época de oscurantismo y monopolio. En 1818, gobernando el general don José Cienfuegos, se autorizó definitivamente la libertad para el comercio extranjero, aunque sujeto a un arancel de tres columnas, que sacrificaba en no pequeña parte los intereses del productor cubano a los del peninsular. El principal obstáculo para el desarrollo ilimitado de la industria azucarera había desaparecido a los veintisiete años de haber Arango comenzado a derribarlo. A partir de ese momento, Cuba quedó al frente de los países productores

de azúcar. El cetro que Haití empuñó en el siglo XVIII, había pasado a nuestras manos.

4.—DESARROLLO DE LA INDUSTRIA AZUCARERA EN EL SIGLO XIX.

Cuando la libertad para el comercio de azúcar quedó establecida en 1818 y Cuba apareció al frente de todos los países productores de azúcar, ya estaban planteados en realidad los grandes problemas por cuya resolución debían luchar nuestros hacendados en el siglo XIX: la aplicación de las máquinas de vapor a los ingenios, el adelanto de los procedimientos de fabricación de azúcar y de cultivo de la caña, la sustitución del trabajador esclavo por el libre, la lucha contra el azúcar de remolacha, la mejora de los medios de transporte, la reforma de los aranceles y de la tributación, la transformación de los ingenios en *centrales*, la aplicación a la industria de todos los adelantos de las ciencias físico-químicas, la concertación de Tratados de comercio y reciprocidad para asegurar ciertos mercados de extraordinario valor para nosotros.

Las primeras tentativas para aplicar las máquinas de vapor para mover los trapiches de los ingenios datan de los últimos años del siglo XVIII y se debieron al conde de Casa Montalvo, que formó parte, con Arango, de la Comisión propuesta por éste en 1792 para el estudio de la industria azucarera en los países extranjeros. La gran revolución industrial de Inglaterra, producida por la aplicación de las máquinas de vapor a los telares, se considera que comenzó a mediados del siglo XVIII, en 1750. Cuarenta y cinco años iban transcurridos, cuando el conde de Casa Montalvo y Arango y Párraño visitaron la Gran Bretaña, encargando el primero la construcción de una máquina de vapor con el propósito de instalarla en uno de sus ingenios de Cuba. El conde murió antes de regresar a Cuba y no vió realizado su proyecto, continuándose todavía durante varios años el empleo de la fuerza animal exclusivamente para mover los trapiches. A partir de la tercera década del siglo, las máquinas de vapor comenzaron a generalizarse en los ingenios, junto con todos los demás adelantos de la mecánica y de los procedimientos

de fabricación. La transformación de los bateyes fué profunda, y los hacendados se vieron en la necesidad de hacer frente a grandes desembolsos y a importar maquinistas y mecánicos del extranjero. Los mejores trapiches de la época no obtenían un rendimiento de 3 por 100 de guarapo crudo. La mejora más importante en el cultivo consistió en la introducción de la caña de Otahiti, en 1798, procedente de la antilla dinamarquesa de Santa Cruz. Las aplicaciones de la ciencia a la industria azucarera determinaron un gran interés de parte de los hacendados hacia la difusión de los conocimientos de la Física, la Química, la Botánica y la Agricultura. Desde la última década del siglo XVIII, en Cuba hubo un movimiento de opinión inclinado a favorecer la creación de cátedras de Física, de Química, de Botánica y de Agricultura, así como al establecimiento de jardines botánicos y de campos de experimentación. El Real Consulado de Agricultura, Industria y Comercio, la Sociedad Económica de Amigos del País y la Junta de Fomento, corporaciones en las cuales los hacendados tenían representación e influencia, mostraron el más vivo interés por el cultivo de las ciencias físico-naturales, porque desde el primer momento se cayó en la cuenta de la importancia de sus aplicaciones al cultivo y a la industria. El presbítero don Félix Varela, don José Antonio Saco y don José de la Luz y Caballero, enseñaron, por el motivo antedicho, la Física y la Química con gran empeño. El químico Casaseca y el botánico don Ramón de la Sagra, fueron profesores contratados expresamente para difundir los principios de las ciencias naturales en el país. El proyecto de fundación del Instituto Cubano, presentado por Luz y Caballero a la Junta de Fomento en 1833, respondía en gran parte a ese mismo propósito. La industria azucarera fué, en ese sentido, un poderoso factor de instrucción práctica, y científica.

Las cuestiones tocantes a la esclavitud comenzaron a preocupar a los azucareros cubanos desde 1811, ya que en aquellos tiempos se hallaba generalizada la convicción de que el azúcar sólo podía fabricarse contando con esclavos africanos en abundancia. En 1799, la importación libre de esclavos había sido concedida, introduciéndose por millares en Cuba, sin

que el ejemplo de Haití contuviera a los cultivadores, ansiosos de brazos. En 26 de marzo de 1811, el diputado don José Miguel Guridi y Alcocer presentó en las Cortes de Cádiz una serie de proposiciones encaminadas a la supresión total del tráfico de esclavos y a la abolición en breve plazo de la esclavitud, secundándolo el 1.º de abril el famoso político y orador don Agustín de Argüelles. La conmoción en Cuba fué inmensa. El diputado cubano Jáuregui combatió ambas proposiciones y de Cuba se enviaron exposiciones y protestas, lográndose evitar la aprobación de las medidas abolicionistas. La intervención de Inglaterra en el asunto no tardó en dejarse sentir con fuerza. Habiendo suprimido el comercio de esclavos en sus colonias antillanas, éstas no podían producir azúcar tan barato como Cuba; de aquí que instasen a su metrópoli para que gestionase también el cese de la trata entre nosotros. En 1817 Inglaterra triunfó en su empeño, concertando con España la supresión del comercio de esclavos desde 1821. En Cuba se consideró ruinosa esta medida y se la inutilizó mediante el contrabando, con la complicidad de las autoridades de la Isla. No obstante, en 1832, don José Antonio Saco advertía a los hacendados que no debían hacerse ilusiones tocante al punto, y que Inglaterra, apremiada cada día por sus colonias con más insistencia, acabaría por imponer de manera efectiva la supresión del mencionado contrabando, declarando piratas a los negreros. En efecto, una serie de Tratados celebrados entre España e Inglaterra y de exigencias diplomáticas de esta última, fueron haciendo más difícil la trata y más costosos los esclavos. Desde 1840, hasta la total extinción de la esclavitud en 1880 y la supresión del patronato en 1885, la cuestión de la esclavitud fué una grave complicación para la industria, pesando sobre ella, como una terrible amenaza, la abolición sin indemnización a los propietarios, que al fin se llevó a cabo.

La lucha contra el azúcar de remolacha, que debía prolongarse durante todo el siglo y crear grandes quebrantos a nuestros hacendados, tuvo su punto de partida en el bloqueo continental, de que ya se ha hecho mención más arriba. Achard, un quíquico francés, había comprobado la presencia del azúcar en la remolacha y descubierto un procedimiento para ex-

traerla, desde fines del siglo XVIII, pero su descubrimiento no había tenido consecuencias prácticas, porque resultaba mucho más costoso que el fabricar azúcar de caña. Durante el bloqueo continental, Napoleón puso en juego toda su autoridad para que los hombres de ciencia encontraran la manera de utilizar el descubrimiento de Aclard y obtuvieran a un costo tolerable azúcar de remolacha, logrando que al fin el éxito coronase sus esfuerzos. La fabricación de azúcar de remolacha se desarrolló con rapidez en el Norte de Francia y en el Sur de Alemania; pero después de la caída de Napoleón, restablecida la regularidad del comercio mundial, el azúcar de remolacha no pudo competir en precio con el de caña. Las fábricas alemanas desaparecieron y las pocas que trabajaban en Francia llevaban una vida lánguida, cuando, a partir de 1823, nuevos descubrimientos perfeccionaron los métodos de fabricación y abarataron el costo del producto, reviviendo con fuerza la industria y convirtiéndose en un rival formidable de la caña. En 1830, Francia contaba con 200 fábricas de azúcar de remolacha, número que en 1857 se elevaba a más de 300. De Francia la industria remolachera se extendió por casi toda Europa, obteniendo el apoyo de los Gobiernos de distintas maneras, todas muy efectivas. Desde entonces, la rivalidad se ha mantenido hasta nuestros días, luchando los productores por llevar al mercado un artículo superior a más reducido precio. Los de Cuba, contando con las ventajas de la posición geográfica, del clima y de la feracidad excepcional del terreno, han tenido que afrontar dificultades enormes, creadas por el mal gobierno, la subordinación de los intereses de Cuba a los de la Metrópoli durante el período colonial, la deficiencia de las leyes, la falta de protección adecuada, la incultura de la población rural y otros obstáculos no menos graves. En igualdad de condiciones, las ventajas han estado siempre de parte de nuestros azucareros, quienes han desplegado grandes condiciones de tenacidad, habilidad e inteligencia, en la dirección de las complicadas operaciones de la industria.

La falta de buenos caminos fué uno de los más serios tropiezos de nuestros productores. A medida que los ingenios se multiplicaban, había necesidad de situarlos más al interior,

lejos de los puertos de embarque. Las cajas de azúcar de 16 arrobas había que transportarlas en carretas por caminos pésimos, hasta los embarcaderos de la costa. Los ingenios tenían necesidad de invertir fuertes sumas en boyadas numerosas, contar con enorme número de carretas y disponer de muchos carreteros. El transporte era lento y recargaba en proporción muy alta el costo de producción. La necesidad de caminos se sentía con fuerza y así se explica el interés por estudiar su construcción sólida y económica, y los premios ofrecidos a los autores de buenas Memorias sobre este asunto. Don José Antonio Saco obtuvo uno de esos premios por la Memoria que presentó en un concurso de la Sociedad Económica, trabajo que figura en la colección de sus *Papeles*. Este interés de los hacendados por el transporte rápido, seguro y económico, fué causa de la temprana introducción del ferrocarril en Cuba. Es sabido que Cuba fué uno de los países de América que contó primero con vías férreas, y que en este punto se adelantó a su metrópoli algunos años. Los ferrocarriles de la Habana, Matanzas y Camagüey, fueron Empresas promovidas, patrocinadas y dirigidas en sus primeros tiempos por hacendados, ya que su principal y casi único destino entonces era el transporte del azúcar. La industria azucarera trajo en la tercera y cuarta década del siglo la vía férrea, como antes había suscitado el adelanto de las ciencias, a que hemos hecho referencia.

La industria azucarera tuvo que afrontar otras cuestiones fundamentales más difíciles aún, como fueron la reforma de los aranceles y del sistema tributario, extremos que no podían tocarse sin herir grandes intereses del comercio peninsular y despertar hondo recelo en el Gobierno, porque para librar nuestra industria del peso abrumador de los privilegios concedidos al comercio y a la Marina mercante españolas, y de la carga tremenda de los impuestos que la asfixiaban, se requería transformar de punta a cabo los aranceles, el sistema tributario y hasta el régimen político de la Isla. De 1830 a 1860, los hacendados casi no pudieron prestar atención a estos problemas, porque las necesidades más urgentes a que debían atender estaban representadas por las reformas de los bateyes, introduciendo las máquinas de vapor, los aparatos

modernos para la cocción y evaporación del guarapo y las mieles, la cuestión de la esclavitud y el establecimiento de los ferrocarriles. Pero después de 1860, cuando la competencia de la remolacha se hacía sentir, los precios bajaban y los desastres de la gran crisis económica de 1857, ocasionados en parte por el desaforado desarrollo de las Compañías anónimas, no habían sido reparados todavía, los azucareros tuvieron que concentrar sus esfuerzos en la reforma de los aranceles y la tributación, la evolución del ingenio al central y la mejora de los procedimientos de cultivo.

Los hacendados, en tal virtud, tomaron una participación activa e importante en el movimiento político que se llamó *reformista*, de la época de los capitanes generales Serrano y Dulce—1859-1866—para culminar en la convocatoria de la Junta de Información, poco después de disolverse la cual estableció la revolución de Yara. Los dictámenes presentados a la Junta de Información sobre *Inmigración* y sobre *Reforma del sistema tributario de Cuba* en relación con la industria azucarera especialmente, por el conde de Pozos Dulces y por don José Morales Lemus, el último suscrito unánimemente por toda la Delegación de la Isla, son estudios admirables, redactados con una valentía, un sentido previsor, un conocimiento tan profundo de la materia y un patriotismo tan generoso y ferviente, que honran y honrarán por siempre a sus autores. Los males de que adolecía la industria a causa del régimen colonial, y la urgencia de transformar éste con un criterio liberal y justo, se exponen con la fuerza, la amplitud de miras y el espíritu constructivo y creador de los verdaderos estadistas. Nunca un pueblo ha expresado con mayor claridad ni más convincentes razonamientos sus aspiraciones y sus necesidades.

Los ingenios, poco después de mediados del siglo, habían llegado a ser establecimientos complicados e inmensos, que requerían el empleo de grandes capitales. La maquinaria crecía y se multiplicaba sin cesar; el consumo de combustible para cada zafra representaba bosques enteros; las tierras de labor se extendían más y más; las boyadas para la siembra y el acarreo de la caña y del azúcar necesitaban por sí solas potreros extensísimos; el personal del ingenio era incontable.

La resolución de los problemas fabriles, agrícolas, financieros, mercantiles, de administración y de dirección que el ingenio representaba, imponían la aplicación del principio de la división del trabajo ineludiblemente. El conde de Pozos Dulces, conocedor profundo de las cuestiones económicas y sociales de entonces, abogaba porque se dividieran y distinguieran claramente los trabajos de fabricación del azúcar, los industriales propiamente dichos, de los del cultivador o *colono*, a cuyo cargo debía quedar la producción de la materia prima: la caña. La necesidad de cambio era ya patente en la época en que la Junta de Información fué convocada. Por último, era evidente también que los métodos de cultivo debían variarse. Hasta entonces sólo se había practicado el cultivo *extensivo*. A un ingenio se le calculaba una vida de cuarenta años, tiempo durante el cual la tierra no perdía su fertilidad y se disponía de combustible, tomado de los bosques próximos. Al cabo de ese tiempo, la tierra se *cansaba* y rendía muy poco. El ingenio debía demolerse y levantarse en tierras nuevas, de *tumba*. El procedimiento era primitivo, rutinario y antieconómico. Un ilustre agrónomo cubano, don Alvaro Reynoso, planteó desde las columnas del *Diario de la Marina*, del cual era editorialista, la necesidad de cambiar de sistema de cultivo. El 8 de junio de 1883, año en el cual ya se agitaba el movimiento reformista, publicó Reynoso su primer artículo, dando a conocer sus ideas, sus ensayos y sus experimentos, para sembrar caña en los terrenos *cansados*, obteniendo rendimientos tres o cuatro veces mayores que los de los terrenos de *tumba*. Anteriormente, en 1862, ya había publicado un libro explicando su sistema, obra que, traducida al holandés, ha contribuido mucho a la riqueza de Java. En Cuba casi se la desconoce. El fracaso de la Junta de Información echó por tierra todas las esperanzas de mejora de los hacendados y precipitó la Guerra de los Diez Años, al frente de la cual aparecieron varios dueños de ingenios, comenzando por Carlos Manuel de Céspedes, propietario de la "Demajagua".

Del 1868 a 1885 casi todos los problemas de la industria azucarera continuaron sin resolverse, agravándose por la baja de los precios. El trabajador libre sustituyó al esclavo, no sin quebranto de los propietarios, que no fueron indemni-

zados al decretarse la libertad de sus siervos, y la evolución del ingenio al central se continuó, aunque con mucha lentitud, multiplicándose los colonos. La competencia con el azúcar de remolacha, protegida fuertemente por las primas y los aranceles de todos los países productores, llegó a ser ruinosa para los cubanos, sobre los cuales pesaban todos los males de que se ha hecho mención más arriba, en forma de monopolios, impuestos, transportes costosísimos, falta de mercados, etc. En 1882 el azúcar se cotizaba en la plaza de Londres a 4.56 centavos la libra, y en 1884 bajó a 2.47 centavos, precio que se mantuvo durante algunos años con ligeras variaciones. El principal y casi único mercado de que Cuba disponía era el de los Estados Unidos, cuando en 1890, durante la administración del presidente Harrison, el Congreso de dicho país aprobó la Tarifa proteccionista de Mc. Kinley, encaminada a proteger los productos y las manufacturas norteamericanas contra sus competidores extranjeros. La Tarifa contenía ciertas disposiciones en las cuales se autorizaba al Ejecutivo para celebrar Tratados de reciprocidad con otros países. Los azucareros cubanos comprendieron que la única salvación de la gran industria cubana estribaba en que nuestro dulce tuviese fácil acceso a su mercado natural y más próximo, el de los Estados Unidos, y demandaron de España la concertación de un Tratado de comercio con Norteamérica. La idea encontró poderosos y tenaces obstáculos en los intereses creados a la sombra de los viejos privilegios, pero en toda la Isla se produjo un fuerte movimiento llamado "económico", y después de prolongadas discusiones y negociaciones el Tratado llegó a celebrarse. En 1893, la zafra fué de 815.894 toneladas, pero como al entrar en vigor el Tratado los precios subieron considerablemente, en 1894 la zafra se elevó a 1.054.000 toneladas, cifra la más alta que se alcanzó en el siglo XIX. Desdichadamente, la satisfacción de los azucareros y del país duró poco. En ese mismo año de 1894, el Partido democrático triunfó en las elecciones de los Estados Unidos, llevando a la presidencia a Mr. Grover Cleveland. Al siguiente año la Tarifa de Mc. Kinley fué derogada, y con ella los preceptos que autorizaban el Tratado de reciprocidad con Cuba. La crisis que sobrevino en la Isla fué rápida y agudísima en 1895, agra-

vada por la baja del azúcar, que se cotizó en Londres a dos centavos la libra, el precio ínfimo del siglo. En medio de esa crisis, y sin duda favorecida y facilitada por ella, estalló el 24 de febrero la Revolución por la Independencia, la cual destruyó toda nuestra organización industrial, preparando el campo para su resurgimiento sobre nuevas y más seguras bases en el siglo xx.

5.—LA INDUSTRIA AZUCARERA CUBANA EN EL SIGLO XX.

La conquista de la independencia facilitó automáticamente la reorganización de la industria azucarera sobre bases infinitamente más ventajosas que las del siglo xix. En primer lugar, desapareció la inseguridad en el porvenir político del país al cerrarse el ciclo revolucionario, así como la falta de garantía en los campos, con la extinción del bandolerismo. En segundo, se hizo posible la reforma radical de los aranceles y del sistema tributario, con miras a favorecer los intereses del pueblo de Cuba y a facilitar nuestro comercio con los Estados Unidos. En tercero, se facilitó la celebración del Tratado de reciprocidad con los Estados Unidos, vigente todavía, que nos colocó en situación ventajosa para competir con la producción de otros países, y adquirir a un costo menor cuanto necesitamos para el consumo. En cuarto extremo, trajo el enorme desarrollo de las comunicaciones, multiplicándose las carreteras, las vías férreas y las líneas de vapores. En quinto, con la extirpación de la fiebre amarilla, se abrieron las puertas de Cuba a una numerosa inmigración europea, suprimiéndose, además, las trabas cuarentenarias y facilitándose, hasta hacerlas íntimas y diarias, las relaciones mercantiles con los Estados Unidos. Por último, las garantías brindadas a los hombres de negocios por nuestros Gobiernos, la riqueza de nuestras tierras y las ventajas de la posición geográfica, atrajeron en abundancia capital extranjero al país para el fomento de toda clase de empresas—ingenios, ferrocarriles, Bancos, Compañías eléctricas, de construcción, etc.—brindándose facilidades y oportunidades desconocidas en el siglo anterior a los hombres emprendedores. Agréguese la supresión de las pri-

mas al azúcar de remolacha, carga que había llegado a ser insoportable para las naciones europeas que las pagaban, y a partir de 1914, la destrucción de la industria remolachera por la guerra mundial, y se podrá apreciar qué conjunto de circunstancias ha favorecido el auge extraordinario de la industria en lo que va de siglo.

La industria azucarera actual, comparada con la de la segunda mitad del siglo XIX, acusa, en efecto, una transformación profunda, no sólo en lo que concierne a la cantidad de azúcar producido, sino en lo referente a la organización de los centrales. En 1899 la zafra ascendió a 355.668 toneladas, cifra muy baja a causa de la destrucción de los ingenios y del incendio y abandono de los campos durante la Guerra de la Independencia. En 1924, la zafra fué de 4.112.699 toneladas; 3.636.879 toneladas más que en 1899. ¡El 1.056 por 100 de aumento en veinticinco años! En cuanto al valor de la zafra, la del año de 1899 importó 18.571.000 pesos, mientras que la de 1924 se elevó a 368.497.830 pesos.

Este estupendo aumento de la producción representa la inversión de inmensos capitales y la acumulación de un trabajo enorme durante cinco lustros. El volumen de la zafra no ha podido acrecentarse en las proporciones portentosas indicadas sin una transformación completa de los centrales existentes, la erección de otros nuevos de mayor capacidad y la apertura de nuevas y extensas zonas de explotación agrícola. El número de ingenios, lejos de aumentarse, ha disminuído. En 1899 había 205 centrales; en 1924 molieron 180 fábricas solamente. En cambio, la capacidad productora de los centrales se ha aumentado en proporciones gigantescas, creándose los grandes colosos de la industria, jamás conocidos en Cuba, con todos los adelantos modernos y capacidad para elaborar de 750.000 a 1.000.000 de sacos.

No sólo las plantas y los bateyes han debido transformarse. La red ferroviaria particular, destinada al transporte de caña y del azúcar, se ha extendido enormemente, y se han construído almacenes y abierto nuevos puertos (Puerto Tarafa, por ejemplo), o embarcaderos para el comercio exterior de azúcares. En ciertos sitios se han fundado pueblos, algunos de los cuales, como Antilla en la bahía de Nipe, han llegado a alcanzar gran

importancia. Otros más antiguos, como Ciego de Avila y Morón, se han desarrollado con enorme rapidez. En los procedimientos de extracción del jugo de la caña y de elaboración del azúcar se han introducido los últimos adelantos. El rendimiento de azúcar por cada 100 arrobas de caña se ha elevado a un 11,70 por 100, cerca de un 10 por 100 más que el rendimiento de 1899, y en algunos casos de un 15 o un 20 por 100.

Las zonas más extensas abiertas al cultivo de la caña y los más grandes centrales levantados en los últimos veinticinco años, corresponden a las provincias de Camagüey y Oriente, las cuales casi no producían azúcar desde que su riqueza fué destruida en la guerra del 68. En la actualidad esas dos provincias producen más de la mitad del azúcar de Cuba. Camagüey fabricó en 1923 1.110.000 toneladas, cantidad mayor de la que Cuba jamás había producido en sus más grandes zafra del siglo pasado ni del corriente, hasta 1905. Las citadas dos provincias producen, dentro de su limitado territorio y con una población que no llega a un millón de habitantes, más de la décima parte del azúcar que se consume en el mundo. Suministran casi la totalidad del azúcar que necesitan para su consumo anual 55.000.000 de norteamericanos, la mitad de la población de los Estados Unidos. Esa producción enorme en tan reducido territorio y con tan corta población implica una gran perfección de la industria, una dirección muy hábil de ésta y una suma de trabajo colosal, con la particularidad de que los braceros haitianos y jamaquinos que trabajan en los ingenios se importan principalmente para las tareas de la zafra. El cultivo de la caña corre a cargo casi por completo de la población nativa.

Los cambios en la organización de la industria han sido más notables aún, si cabe. La gran ley de la concentración industrial, en virtud de la cual toda industria que se desarrolla tiende a acrecentar sus plantas para poder emplear los últimos perfeccionamientos de la maquinaria y reducir los gastos generales, así como a controlar los elementos indispensables para su existencia—materias primas, vías de comunicación, etcétera—, se ha cumplido en Cuba.

El número de ingenios se ha ido reduciendo paulatinamente, al mismo tiempo que aumentaba la capacidad productora de los

mismos. Este movimiento de concentración se había iniciado con lentitud, desde mediados del siglo pasado, como ya hemos dicho. En 1860 los ingenios eran poco más de 1,000. La guerra precipitó y facilitó el movimiento, destruyendo gran número de ingenios anticuados y pequeños.

En 1899 sólo se hallaban en condiciones de moler 205 fábricas. Más arriba hemos visto que, a pesar de haber aumentado la producción en un 1,056 por 100, el número de ingenios que molió en 1924 sólo fué de 180.

El proceso de concentración industrial no se ha manifestado sólo en la reducción del número de centrales y en el aumento de la capacidad de las plantas, sino en la formación de sindicatos, corporaciones o *trusts*, que dominan—controlan diríamos en el lenguaje corriente—una gran parte de la producción. Como ejemplos pueden citarse la Cuban American Sugar Co., la Cuban Cane Sugar Corporation, la General Sugar Co., la Cuban Trading Co. y otras. Esta misma ley de concentración industrial se hace patente en las colonias: la pequeña colonia tiende a desaparecer, sustituida por la que produce millones de arrobas. Es que la agricultura, en lo que al cultivo de la caña concierne, se industrializa, fenómeno observado ya en la producción agrícola, en grande escala, de otros países.

El desarrollo fabuloso de la industria y la concentración de ésta, a que acabamos de referirnos, han determinado otros hechos de profundo alcance económico, social y aun político. El central representa un capital tan inmenso, que el propietario individual casi ha desaparecido, para ser sustituido por el propietario colectivo. El hacendado ha cedido su puesto a la Compañía anónima, cuyos bonos han sido comprados en gran parte por ciudadanos de los Estados Unidos. El hacendado, persona real y viviente, que residía en el país, ha sido sustituido por una entidad jurídica, especie de ser abstracto e impersonal, que radica en el extranjero.

No es esto solo. La planta industrial, agigantada, ha necesitado asegurarse la materia prima—la caña—contra todo riesgo, y ha buscado la garantía indispensable en el control de la tierra, bien adquiriendo la propiedad de ella, pagándola al precio que ha sido preciso, bien arrendándola, para instalar

en terrenos dominados de una u otra manera, a colonos dependientes del central. El central de nuestros días, como el de la primera mitad del siglo pasado, tiende a ser el dueño de las tierras que producen la caña que muele.

Hay una marcada tendencia a suprimir el colono libre, dueño de una materia prima no controlada. El ingenio antiguo, anterior a 1868, cultivaba la caña con los esclavos de su dotación; el de hoy procura cultivarla con el colono que trabaja en tierras dominadas por la Compañía anónima. Hasta ahora, cada vez que la Compañía ha pretendido convertirse en cultivadora ha fracasado, por diversas razones cuyo análisis nos llevaría demasiado lejos. Sólo en virtud de esa falta de éxito de la Compañía como cultivadora el colono sigue siendo un factor importante, económica y socialmente. El día en que la Compañía triunfe en ese empeño, el colono dejará de existir para ser sustituido por administradores de colonias y jornaleros. Completo el proceso de concentración industrial, el colono desaparecerá como el hacendado propiamente dicho. La concentración industrial—que es un progreso técnico y económico de la industria—ha creado problemas muy serios para Cuba, a los cuales nos referiremos brevemente antes de terminar esta reseña.

La industria actualmente tiene, en efecto, problemas importantes y numerosos. En primer término, aparecen los de carácter técnico, referentes a la mejora de los campos y de los procedimientos industriales, que no hay por qué incluir en un bosquejo como el presente, aunque reclaman cuidadosa atención. En cuanto a los problemas de orden social y nacional que plantea la transformación de la industria con la supresión del hacendado, la amenaza que pesa sobre el colono, la constitución de Compañías y Sindicatos, el acaparamiento de las tierras, etc., son tan complejos y oscuros que requerirían un estudio especial. En tesis general, tenemos el problema de defender los derechos del colono, elemento productor genuinamente cubano, y de interesar a las grandes Compañías azucareras en el progreso total de Cuba y en el fomento de los intereses morales del país. No existe la menor justificación para que las poderosas Compañías azucareras no construyan y sostengan escuelas de enseñanza primaria, superior y especial.

centros de instrucción e investigación agrícola, etc., a semejanza de los hacendados de la primera mitad del siglo pasado. No es admisible, tampoco, que no se interesen en la organización de Sociedades cooperativas para proveer al menor costo a sus empleados y colonos, en vez de contribuir a explotarlos; ni que se desentiendan del problema de mejorar las condiciones de vida de las zonas donde radican sus grandes intereses. Un capital que obtiene en el país pingües dividendos, se halla obligado a no considerarlo como mero campo de explotación. Trátase no de una obra de beneficencia, sino de un deber claro e imperativo. Ello está, además, en el interés bien entendido de las grandes corporaciones.

Aparte de estas cuestiones generales, el brusco desarrollo de la industria en Camagüey y Oriente, provincias de muy escasa densidad de población, ha creado, o más bien ha hecho muy agudo, un problema de brazos que se viene resolviendo cada año con la importación de jornaleros jamaíquinos y haitianos, sujeto a graves, numerosos y bien conocidos inconvenientes. Aumentar con la mayor rapidez la población de estas provincias con elementos deseables en todos sentidos, arraigándolos en la tierra, es un problema, no sólo de gran interés para la industria, sino de gran importancia para la nación. Es un empeño que reclama la atención de nuestros hombres de Gobierno y de nuestros más expertos azucareros. La industria azucarera cubana ve surgir, además, en el horizonte briosos competidores. Nuevos países con grandes posibilidades, tierras fértiles, mano de obra barata y ventajosa posición geográfica, comienzan a fabricar azúcar de caña en gran cantidad, principalmente en las Antillas, y en Centro y Suramérica, muy próximos a nosotros. La industria remolachera, por su parte, renace, como el Ave Fénix, de sus cenizas, recorbrando sus antiguos bríos. Los precios declinan de año en año con rapidez, manteniéndose a un bajo nivel, prueba segura de que la producción y el consumo se equilibrarán.

Cuba posee el cetro de la industria azucarera mundial, que, como hemos visto, empuñó, firmemente, en lo que al azúcar de caña concierne, desde el desastre francés de 1791; pero, a pesar de ello, no es, aunque la declaración cause asombro, el país que emplea mejores métodos de cultivo ni procedimientos más

adelantados de fabricación. Por ahora dos cuestiones urgentes reclaman nuestra atención: 1.º, resolver de una manera firme, adecuada y justa los problemas del trabajo en los campos y los bateyes, asegurando a la industria todas las garantías de estabilidad y al trabajador las mayores ventajas; y 2.º, lograr que nuestras tierras, mediante un cultivo intensivo y científico, rindan más cantidad de azúcar por caballería. Resueltos esos problemas, podremos luchar victoriosamente y mirar sin zozobra el porvenir. Nuestra industria posee tal pujanza y vitalidad, que no dudamos de que el éxito habrá de coronar sus esfuerzos, permitiéndole continuar siendo, como desde hace siglo y medio, el primer factor de bienestar, de progreso y de civilización en el país.

RAMIRO GUERRA

APENDICE NUM. 2.

Exportación de azúcar de la Isla de Cuba desde el comienzo de la industria azucarera (1590 a 1600) hasta 1850.

(Datos tomados del Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico de don Jacobo de la Pezuela. Tomo I, págs. 61 a 63.)

	ARROBAS
Desde 1550 hasta fin del mismo siglo XVI pudieron exportarse unas quinientas cajas anuales de a 40 arrobas. Así se envasaba entonces aquel fruto, según indica Uztáiz en su <i>Tecbríca y práctica de comercio</i> (1).....	20.800
Considerando el lento aumento que tomó el cultivo en el siguiente siglo, puede computarse que saliesen de la Habana, Trinidad y Santiago doble número de arrobas desde el año de 1600 hasta el año de 1699.....	40.000

(1) La cantidad de azúcar exportada desde 1550 a 1600 está exagerada en el cálculo de Pezuela. En nuestra opinión no pasó de 13.000 arrobas. Véase el tomo II de nuestra *Historia de Cuba*, página 276, capítulo relativo al origen de la industria azucarera en Cuba. El azúcar se vendía entonces en Sevilla a cuatro pesos la arroba.

Las introducciones de africanos hechas por los franceses en los primeros años del siglo XVIII y las que con el monopolio que lograron en el Tratado de Utrecht realizaron los ingleses, nos permiten calcular la exportación de azúcar de la isla durante la primera mitad del mismo siglo, en unas 8.000 cajas anuales de a 20 arrobas, que son.....	160.000
Desde 1754 hasta fin de 1760, intervalo favorecido por una paz no interrumpida y mayor protección marítima de nuestra Armada, se calcula la exportación en 10.000 cajas.....	200.000
En el bienio de 1764 y 62 resulta, de infinidad de comprobantes, que ascendió a unas.....	260.000
Para el año de 1763, época de grandes trastornos y alteraciones en el país, podemos calcular que apenas rendirían otro tanto los ingenios	130.000
En el quinquenio de 1764 a 1768 permiten crear multitud de datos sueltos que se exportasen unas 30.000 cajas, reducidas ya por ese tiempo al peso ordinario actual de 16 arrobas....	480.000
En el año de 1769 salieron por el solo puerto de la Habana 30.487 cajas, y suponiendo, por las noticias de ese tiempo, que salieran una mitad más de Trinidad y de Santiago, resultarán	731.672
En el de 1770 extrajo la Habana 34.374 cajas y dirigiéndonos por el mismo cálculo que en la anterior partida, la extracción total de la isla fué	824.976
En el año de 1771, comparándola con la anterior, se observó en la capital un descenso de más de tres mil cajas, atribuido a los rumores que corrían de un rompimiento con la Gran Bretaña, o alguna paralización de las entradas de africanos y a los gravámenes que sufrió la ex-	

ARROBAS

portación. La capital sólo extrajo 31.703 cajas, que reunidas a las 16.752 de los demás puertos y multiplicadas por arrobas dieron,..... 775.280

No aparecen datos exactos ni continuos desde 1772 hasta 1785 que establezcan las salidas anuales de la Habana en ese largo intervalo; pero fundándose en los rendimientos de la cosecha de 1775, que resultaron ser de arrobas 1.300.000, y en las salidas del fruto por aquel puerto en 1786, puede calcularse la extracción general en cada uno de aquellos catorce años, a razón de 75.000 cajas, en..... 16.800.000

Desde 1786 inclusive hasta 1850 tenemos ya datos coordinados para calcular año por año las salidas de la Habana y por éstas las de toda la isla.

En 1786.....	1.012.384	
— 1787.....	979.920	
— 1788.....	1.107.536	
— 1789.....	1.106.016	
— 1790.....	1.246.336	
<hr/>		
Total del 1. ^{er} quinquenio.....	5.452.192	
Año común.....	1.090.438	
<hr/>		
En 1791.....	1.360.224	
— 1792.....	1.165.664	
— 1793.....	1.347.520	
— 1794.....	2.458.064	
— 1795.....	1.241.128	
<hr/>		
2. ^o quinquenio.....	7.572.600	
Año común.....	1.514.520	
<hr/>		

En 1796.....	2.040.120	
— 1797.....	2.003.192	
— 1798.....	2.272.008	
— 1799.....	2.763.768	
— 1800.....	2.387.688	
<hr/>		
3. ^{er} quinquenio.....		11.466.776
Año común.....	2.293.355	
<hr/>		
En 1801.....	2.671.592	
— 1802.....	3.384.600	
— 1803.....	2.642.824	
— 1804.....	3.217.416	
— 1805.....	2.906.838	
<hr/>		
4. ^o quinquenio.....		14.823.270
Año común.....	2.964.654	
<hr/>		
En 1806.....	2.618.296	
— 1807.....	3.014.488	
— 1808.....	2.120.136	
— 1809.....	4.081.112	
— 1810.....	3.267.168	
<hr/>		
5. ^o quinquenio.....		15.101.200
Año común.....	3.020.240	
<hr/>		
En 1811.....	2.689.776	
— 1812.....	3.144.240	
— 1813.....	3.018.704	
— 1814.....	3.060.532	
— 1815.....	3.580.504	
<hr/>		
6. ^o quinquenio.....		14.493.756
Año común.....	2.898.751	
<hr/>		

En 1816.....	3.385.928	
— 1817.....	3.569.280	
— 1818.....	3.592.184	
— 1819.....	3.434.190	
— 1820.....	3.947.624	
<hr/>		
7.º quinquenio.....		18.058.206
Año común.....	3.611.316	
<hr/>		
En 1821.....	4.348.840	
— 1822.....	4.910.856	
— 1823.....	5.781.682	
— 1824.....	4.986.264	
— 1825.....	4.498.939	
<hr/>		
8.º quinquenio.....		24.526.581
Año común.....	4.905.316	
<hr/>		
En 1826.....	6.237.390	
— 1827.....	5.878.924	
— 1828.....	5.967.066	
— 1829.....	6.588.428	
— 1830.....	7.868.881	
<hr/>		
9.º quinquenio.....		32.540.689
Año común.....	6.508.137	
<hr/>		
En 1831.....	7.133.381	
— 1832.....	7.583.413	
— 1833.....	7.624.553	
— 1834.....	8.408.231	
— 1835.....	8.718.300	
<hr/>		
10.º quinquenio.....		39.467.878
Año común.....	7.893.575	
<hr/>		

En 1836.....	8.895.966	
— 1837.....	9.060.053	
— 1838.....	10.417.688	
— 1839.....	9.505.214	
— 1840.....	12.863.856	
<hr/>		
11.º quinquenio.....		50.742.777
Año común.....	10.148.555	
<hr/>		
En 1841.....	13.272.912	
— 1842.....	13.082.288	
— 1843.....	14.225.660	
— 1844.....	16.153.052	
— 1845.....	7.604.580	
<hr/>		
12.º quinquenio.....		64.338.492
Año común.....	12.867.698	
<hr/>		
En 1846.....	15.803.884	
— 1847.....	20.396.976	
— 1848.....	19.659.488	
— 1849.....	17.598.144	
— 1850.....	19.993.808	
<hr/>		
13.º quinquenio.....		93.452.300
Año común.....	18.690.460	
<hr/>		

APENDICE NUM. 3.

Producción azucarera de Cuba desde 1850 a 1925-26.
Promedio de precio por libra y valor total de la zafra
desde 1885 a 1925-26.

*(Datos de la Secretaría de Agricultura, Comercio y Trabajo
de Cuba.)*

AÑO	Toneladas de 2.240 li- bras.	Precio promedio. — Pesos.	Valor total de la zafra. — Pesos.
1850	223.145	—	—
1851	263.999	—	—
1852	251.609	—	—
1853	322.000	—	—
1854	374.000	—	—
1855	392.000	—	—
1856	358.000	—	—
1857	355.000	—	—
1858	385.000	—	—
1859	536.000	—	—
1860	447.000	—	—
1861	466.000	—	—
1862	522.000	—	—

AÑO	Toneladas de 2.240 li- bras.	Precio promedio. — Pesos.	Valor total de la zafra. — Pesos.
1863	507.000	—	—
1864	575.000	—	—
1865	620.000	—	—
1866	612.000	—	—
1867	597.000	—	—
1868	749.000	—	—
1869	726.000	—	—
1870	726.000	—	—
1871	547.000	—	—
1872	690.000	—	—
1873	775.000	—	—
1874	681.000	—	—
1875	718.000	—	—
1876	590.000	—	—
1877	520.000	—	—
1878	533.000	—	—
1879	670.000	—	—
1880	530.000	—	—
1881	493.764	—	—
1882	595.837	—	—
1883	460.397	—	—
1884	553.987	—	—
1885	631.967	3,03	42.892.861
1886	731.725	2,73	44.746.472
1887	646.578	2,72	39.394.703
1888	656.719	3,32	48.838.876
1889	560.333	3,98	49.954.806
1890	632.386	3,06	43.345.031
1891	819.760	3,13	57.476.555
1892	976.782	3,17	69.359.330
1893	815.894	3,52	64.331.590
1894	1.054.214	2,63	62.105.853
1895	1.004.264	2,02	45.440.932
1896	225.221	2,52	13.066.421

AÑO	Toneladas de 2,240 li- bras.	Precio promedio. — Pesos.	Valor total de la zafra. — Pesos.
1897	212.051	2,17	10.307.375
1898	305.543	2,19	14.988.717
1899	335.668	2,47	18.571.839
1900	300.073	2,83	19.022.227
1901	635.856	2,29	30.132.727
1902	850.181	1,83	34.850.618
1903	998.873	1,96	43.515.495
1904	1.040.228	2,61	60.815.889
1905	1.163.258	2,79	72.698.971
1906	1.178.749	2,12	55.976.431
1907	1.427.673	2,23	71.315.212
1908	961.673	2,56	55.162.519
1909	1.513.362	2,52	85.437.545
1910	1.804.349	2,72	109.935.375
1911	1.483.451	3,02	100.352.486
1912	1.895.984	2,61	110.846.807
1913	2.428.537	1,95	106.078.496
1914	2.597.732	2,64	153.619.479
1915	2.608.914	3,31	191.435.319
1916	3.034.272	4,37	297.014.233
1917	3.054.997	4,62	316.139.191
1918	3.473.184	4,24	329.869.114
1919	4.009.734	5,06	454.479.846
1920	3.735.425	11,95	1.005.451.080
1921	3.974.116	3,10	273.197.696
1922	4.033.455	2,80	255.009.777
1923	3.645.967	4,90	400.181.383
1924	4.112.699	4,00	368.497.830
1925	5.189.346	2,35	290.832.027
1926	4.932.095	2,22	245.263.220
1927	4.508.600	2,64	267.000.000
1928	4.041.856	2,18	198.000.000
1929	5.156.278	1,72	199.000.000
1930	4.670.973	1,23	129.000.000

AÑO	Toneladas de 2.240 li- bras.	Precio promedio. — <i>Pesos.</i>	Valor total de la zafra. — <i>Pesos.</i>
1931	3.120.796	1,12	78.000.000
1932	2.604.292	0,72	42.000.000
1933	1.994.236	0,97	43.000.000
1934	(No hay datos concretos.)		